



Selecta

ARLENE SABARIS

El jardín de los poemas

ROMANCE EN LA COLONIA 2

El jardín de los poemas

Un romance en la colonia 2

Arlene Sabaris

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de República Dominicana, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

Capítulo 1

*Amada Ana Lucía Salinas:
El murmullo del viento trae hasta mí su nombre,
como una caricia sublime que me envuelve.
Siento su recorrido cual suave terciopelo,
paciente, como aquella mirada de silencio infinito
que me honra pocas veces,
pero con tal dulzura que me embriaga enseguida.
Se ve usted inalcanzable,
como la cumbre inmensa que surge en la llanura
y se pierde en las nubes.
Mas muero por tocarla,
por sentir en mis labios sus labios desafiantes,
callarlos con un beso y dormir en sus pechos,
me muero por palparla,
por descubrirla entera y escuchar su voz tibia
amedrentarme a veces y otras tantas cantarme.
¡Qué lejos y qué cerca! ¡Qué fugaz y distante!
Los vientos traen su nombre y dormir no me dejan,
las luces en el cielo alumbran mi amargura
de no ver su sonrisa, su graciosa figura
subiendo a la calesa, su cabellera ondeante
y el vaivén de su falda... me abruma su belleza.
Si el cielo de esta noche no se desprende todo,
si el mal tiempo termina, si la tormenta cesa...
tal vez vuelva a sus ojos de centellas ardientes
y me pierda en su voz de mágica sirena,
si el miedo me abandona, si esta carta le llega...
si es que mi cruel destino, de verla y no tenerla,
se lo llevan los vientos, en esta noche negra.
Suyo,
Un poeta enamorado*

Lucía no daba crédito a lo que leían sus ojos. La carta misteriosa se la había entregado su doncella Juliana la tarde del domingo, cuando estuvieron a solas en el aposento. «Un lacayo me la dio para usted a la salida de la iglesia», le dijo, la sacó del bolsillo de su falda y se la entregó. La carta iba envuelta de forma cilíndrica con un hilo de seda roja alrededor y el sello de lacre en color bermellón para cerrarlo donde colgaba el hilo. Al ver el pequeño papel que no medía más que su mano, abrió sus ojos verdes, invadida por la sorpresa, y lo tomó con rapidez. Al principio pensó en reprender a Juliana, pero después la advirtió a salir del aposento con un «no digas una palabra sobre esto, ¡a nadie!».

Se sentó en el tocador, de frente a su espejo. Desató con delicadeza el hilo y rompió el sello lacrado con un círculo sencillo. Leyó el contenido, y en cada palabra su confusión crecía. Era evidente que estaba dirigida a ella, no había dudas; sin embargo, lo que decía no tenía sentido. «¿Un admirador secreto? Estas cosas solo le pasarían a Leonor», pensó.

Su incredulidad la llevaba a repasar los versos del poema: «Si el mal tiempo termina, si la tormenta cesa...», y ella solo podía pensar en que los días recientes habían sido soleados en la isla que albergaba la colonia española de Santo Domingo y la colonia francesa de Saint Domingue.

Una espantosa tormenta había azotado ambos territorios hacía cosa de un mes, pero en el paraíso de interminable verano, el sol ya brillaba de nuevo. Lucía podía recordar con claridad el tiempo transcurrido desde aquella tempestad porque la verdadera tormenta se había desatado días después, cuando salió a la luz el escándalo de Alonso Romero y su genuina identidad.

El día de Ana Lucía Salinas había comenzado como cualquier otro. Ese domingo habían realizado la primera proclama del casamiento de Sofía, su hermana mayor, con el recién descubierto conde de Valette. La lectura se hizo con anticipación a la misa, tal como dictaba la ley, pues a pesar de que los esponsales se habían celebrado unos días antes, no podían casarse formalmente hasta que no fuera tres veces proclamada la unión en la iglesia.

¡Qué rápido habían cambiado los acontecimientos! Habían viajado desde Sevilla a visitar a su padre y para que Sofía celebrara sus esponsales con el marqués Jean Pierre de Ferrand, el marido que habían escogido para ella. Pero de repente aquello había quedado en el olvido, y ya la familia celebraba encantada los esponsales de Sofía con otro pretendiente, el conde de Valette, que además no tenía más que unos días siendo conde. Era una situación excepcional que le costaba comprender, sabiendo que su padre, el vizconde de Salinas, era difícil de complacer.

No podía dejar de preguntarse qué había pasado con el marqués de Ferrand, pues al parecer había abandonado la ciudad. Parecía como si la tormenta hubiera removido los planes de todo el mundo y ya nada era igual.

La entrada de su melliza en el aposento que compartían la hizo esconder de súbito el papel en el bolsillo de su falda. Fingió mirarse en el espejo y arreglar su cabello.

—Sí que sabes disimular tu envidia, Lucía. Recuerda que es un pecado capital, con esa forma de comportarte no podrás convertirte en monja —dijo Leonor al entrar, mirando con enojo a su melliza.

—No sé de qué me estás hablando.

—¿Me vas a decir que no quisiste venir con nosotros a casa del gobernador por pura casualidad? Tu amiga María del Carmen no hacía más que preguntar por ti, que si estabas bien, si debería venir a asistirte.

—Me dolían los pies. Además, como bien sabes, nuestra madre no se encontraba bien y debía acompañarla a la casa, en caso de que me necesitara.

—¿Todavía te duelen los pies? Sí, claro, por eso no has ido a verla por la tarde. De casualidad acabo de venir de su aposento y dice que no te ha visto desde que regresaron de la iglesia. No te entiendo, Lucía. Las religiosas son personas amables con todo el mundo, no importa cuánto le molesten. ¿Estás segura de que podrás dedicar toda tu vida a un convento si eres incapaz de alegrarte por la felicidad de los demás?

—Crees leer mis pensamientos. ¿Cómo podrías saber si estoy o no estoy feliz por Sofía? La he felicitado, ¿no?

—Dices unas cosas con esos labios engañosos, pero tus ojos verdes cuentan una historia de terror, hermana. No lo sé... la envidia es algo verde también, ¿no es así?

—Supones mal, no envidio nada que tenga Sofía, no envidio nada que tengas tú y, si quieres saberlo, lo único que me parece extraño de esta situación es que todo ha pasado muy rápido. Espero que no haya entregado su virtud por una simple promesa de casamiento, que ya vemos que no tiene valor para algunos en estos días.

—¡Oh! ¡Ahora te vas a desquitar con el pobre marqués de Ferrand! Mira que me parece aburrido, pero mala persona no debe ser.

—Algunos reciben lo que no merecen y otros no valoran lo que sí deberían. Me da igual el

marqués, me da igual Sofía y me das igual tú.

Lucía tomó un rosario de su tocador y su abanico de encajes blancos. Se puso en pie, tomó la mantilla negra que reposaba sobre su cama y salió de la habitación protestando en latín, idioma que su hermana apenas reconocía por las oraciones que repetía en la iglesia. A Leonor no le quedó más remedio que sentarse en la cama y pensar en lo que en realidad molestaba a su hermana, que en un día cualquiera no le hubiese respondido de aquel modo. La melliza más joven siempre había sido dócil y sumisa, pero desde que pisaron la isla de Santo Domingo, los temperamentos de todo el mundo se habían alterado, y a cuatro meses de su llegada, la familia Salinas parecía una familia distinta.

Las hermanas conocieron al señor Alonso Romero, pocos días después de llegar a la ciudad; él era administrador de las fincas de la condesa Angélique Saint-Hilaire, viuda de Valette, la dueña de la propiedad colindante a la residencia familiar. Ahora tendrían que llamarlo conde a quien durante semanas no era otra cosa que un empleado de la viuda. Lucía era la única a quien este cambio la exasperaba. Habría jurado por su alma que la viuda de Valette terminaría casada con Alonso Romero, pues iban juntos a todas partes, más que unos verdaderos esposos.

Sin embargo, un domingo a la salida de la iglesia, después de la adoración del ángelus, Lucía vio a su hermana mayor con Alonso y supo en seguida que algo se traían entre manos, pero jamás pensó que su padre lo permitiría, no eran de la misma clase social, por lo menos hasta ese momento; él era un criollo, y Sofía era la hija mayor de un vizconde. Pero de pronto, lo que antes hubiera sido un sacrilegio, ya era motivo de celebración. En poco tiempo su hermana se casaría con el heredero del título del difunto conde de Valette, su único hijo, quien había logrado ocultar el secreto por más de la mitad de su vida.

Lucía, todavía disgustada por su intercambio con Leonor, bajó al salón inferior, allí estaban sentados Sofía y su prometido a poca distancia del vizconde de Salinas, que la invitó a acompañarlos.

—Querida, espero que ya te sientas mejor. ¿Te quedas a conversar con nosotros? Tu amiga María del Carmen te manda sus recuerdos, quería saber si irías al ángelus hoy.

—Buenas tardes... Estoy bien, padre. Iré con Juliana a la iglesia, por eso he bajado. ¿nos vamos, Juliana?

La mulata, que acomodaba una bandeja sobre la mesa del salón, sin ningún entusiasmo, abandonó la tarea enseguida para acompañarla.

Faltaba poco para que las campanadas anunciaran el inicio de los rezos, y debieron salir apresuradas. Lucía aprovechó el trayecto para interrogar a su doncella.

—Juliana, ¿no tienes ninguna sospecha de quién pudo entregar esta carta?

—No, su merced, se lo juro por mi alma. ¿Dice acaso un mensaje peligroso?

—No seas entrometida. No es asunto tuyo lo que dice. Solo quiero saber quién te la ha dado.

—Perdón, su merced, no quise ofenderla.

—¿Puedes leer?

—No, su merced.

—Tendremos que enseñarte, así podrás escribir y leer tus propias cartas. Y dejarás de inmiscuirte en lo que dicen las cartas de los demás.

—No tendría nadie a quien escribirle, su merced.

—Todos tenemos a quien escribir, Juliana.

Las campanadas se escucharon al principio del atardecer, justo cuando llegaban a la entrada de la iglesia. La conversación se detuvo, y los pensamientos tomaron el lugar de las palabras. Lucía

decía sus oraciones, sentada en el primer banco de la inmensa edificación de piedra, pero su corazón recorría cada palabra en el papel que guardaba en su bolsillo, convirtiendo aquellas frases en su inolvidable oración.

Capítulo 2

La servidumbre sustituye las velas derretidas por nuevas velas en todas las lámparas y teas de la residencia Salinas. El amanecer trae consigo una semana llena de cambios que comienza con las velas y continúa con los planes de los dueños de la casa. En el comedor, sirven el desayuno con la calma de siempre, pero en esta ocasión el vizconde tiene prisa y apura a la servidumbre.

—Debo ir a Cuba. He pospuesto este viaje demasiadas veces, pero el señor Ramírez y yo debemos firmar unos documentos con el gobernador y es necesario cumplir con algunos requisitos antes. No me tomará más de dos semanas.

—¿Tienes que irte?

—Querida, he estado dando largas a este asunto, pero tengo obligaciones con mi socio y de ello depende que podamos conservar la dote de nuestras hijas, así que, si puedes superar dos semanas sin mí, creo que no es mucho lo que pido.

—Estamos planeando el casamiento de tu hija mayor, ¿de verdad piensas que es el mejor momento de dejarme sola con esto? Además, he estado enferma, y este clima no me favorece.

—Estarás bien acompañada. Te hubiese pedido que vinieras con nosotros si no estuvieras indispuesta todo el tiempo, un viaje en barco no te será recomendable con lo delicada que te has puesto con las comidas. La esposa del gobernador irá con él, su hija se quedará aquí en la casa y les hará compañía en mi ausencia.

—¿María del Carmen viene a quedarse con nosotros?

—Sí, Lucía, pensé que te haría bien tener cerca a tu única amiga. Tus hermanas tienen sus amistades, y bueno...

—No es mi única amiga...

—Es cierto, padre, te has olvidado de contar a las monjas del convento de Santa Clara.

—Leonor... ¡No seas desvergonzada! —reprendió doña Rosalía a su hija para, de inmediato, reclamarle a su marido—. ¿Entonces la esposa del gobernador sí puede ir, pero yo no iré?

—Querida, ¿podemos discutir esto más tarde? Estamos desayunando...

—¡De repente ya no estoy hambrienta!

La vizcondesa se puso de pie y se marchó escaleras arriba, seguida por Juana, su doncella, que la persiguió con toda la rapidez que su edad le permitió. Sus hijas se quedaron calladas ante el exabrupto, estaban acostumbradas a la pasión de su madre por las peleas y a la paciencia de su padre con la vehemencia de ella en tenerlas. En los últimos días, eran por cualquier razón.

—¿Entonces, cuándo se marchará usted, padre?

—A final de semana, Lucía...

—¿Podemos seguir visitando a Angelique? Mi único entretenimiento en esta isla son los libros de su biblioteca —exclamó Leonor con tono de súplica.

—¿Puede seguir visitándome Alonso? —preguntó Sofía con preocupación.

—Pueden hacer lo que quieran, siempre que su madre lo autorice, ella queda a cargo de ustedes, pero la verdad es que ustedes son quienes deberán velar por ella. La alimentación de aquí no le hace bien, no está comiendo como corresponde y ha adelgazado.

—Pues a mí me encanta la comida de Santo Domingo, padre, ¿Cuándo viene María del Carmen?

—Dentro de dos días. Leonor, irás a dormir con Sofía en su aposento y así dejan a Lucía y a

nuestra invitada en el otro.

—¡Qué fastidio!

—No comiencen con esto...

El padre se mostró enérgico y sin deseo alguno de más contradicciones en la mesa. Le bastaba con la negativa de su mujer, a quien intentaba complacer en todas las maneras posibles; y todavía, pese a sus esfuerzos, con más frecuencia de la que disfrutaba, terminaban discutiendo. El desayuno siguió en silencio, y el día transcurrió con la rutina de siempre. El padre se retiró a casa del gobernador, las hermanas se dispusieron a coser vestidos en el salón de costuras, y doña Rosalía, indispuesta, no volvió a bajar al primer piso en el resto del día.

Al retirarse a dormir, Lucía pasó antes a dar las buenas noches a su madre en el aposento. La encontró recostada en el respaldo de la cama, leyendo la Biblia a la luz de las velas que seguían encendidas, mientras su doncella frotaba aceite de menta en sus pies. El largo cabello rubio trenzado descansaba en su pecho, y los ojos verdes estaban más claros que de costumbre; siempre le pasaba lo mismo cuando enfermaba, pensó Lucía. Doña Rosalía levantó la mirada al notar el silencio que siguió cuando se abrió la puerta.

—Lucía, querida. No te quedes allí parada. ¿Sucede algo?

—Solo he venido a darle las buenas noches. ¿Ya se encuentra mejor?

—Es una cosa tan misteriosa, querida. Solo me descompongo por las mañanas, en las noches ya me voy sintiendo mejor. El aceite de menta que ha conseguido Juana me viene de maravilla. ¿Cómo has pasado el día? Me temo que no podré ir al rezo del rosario mañana, si sigo así.

—He terminado de bordar una mantilla hoy. Iré con Juliana al rosario mañana, madre. Pensaba ir a ver a las hermanas de Regina Angelorum con María del Carmen, si le parece bien.

—¿Pero qué ocurre con las monjas de Santa Clara?

—No ocurre nada, madre. Pero está más cerca de nuestra casa, ¿no le parece?

—Ahora estarás recorriendo iglesias... muy bien. Puedes ir. Te acompañaré a Santa Clara la semana que viene.

Lucía salió del aposento y fue al suyo. Antes de que Juliana la ayudara a desvestirse, sacó el papel que había guardado todo el día en su bolsillo y lo escondió dentro de su Biblia, un lugar donde Leonor nunca buscaría.

El viaje se había adelantado, y a mediados de semana el vizconde partió a Cuba. Doña Rosalía, en su aposento, se lamentaba de no haber podido despedirlo como correspondía, pues los mareos no le permitían bajar las escaleras. Juana sostenía el recipiente donde la señora de la casa depositaba, por segunda vez en la mañana, los resultantes de las arcadas provocadas por un vaso de leche.

—Su merced, yo ya sé lo que le pasa, pero usted no quiere creerlo. He hablado con Josefa, y creemos que lo mejor es que el doctor venga a revisarla.

—Juana, por doce años completos no me embaracé; y ahora, con solo unos meses en que hemos vuelto a estar juntos mi marido y yo, dices que estoy embarazada. Conozco mi cuerpo, esto no es tal cosa. Nunca he sentido estos malestares en mi vida. Ya he estado embarazada dos veces y creo recordar cómo se siente.

—Yo nunca me casé, su merced, nunca tuve hijos, pero Josefa sí y dice que usted está esperando.

—¡Pero cómo puede ser si ya te digo yo que mis hijas no me provocaron esta desgracia cuando cayeron en mi vientre! Además, me ha venido la sangre cada mes, sin falta... lavas mis ropas, lo sabes bien.

—Pues, de todos modos, Josefa enviará a por el doctor, algo debe pasarle a usted y necesita medicina. Así, con aceite de menta, no me parece que se vaya a curar.

—¡Como quieran! De cualquier forma, estoy cansada de sentirme inútil cuando tendría que estar organizando el casamiento de mi hija.

Así acordaron que el doctor la vería esa mañana, y Juliana fue enviada a buscarlo. Josefa y Juana lo asistieron mientras las hijas esperaban afuera.

—Doña Rosalía, me alegra darle noticias alentadoras. No es una enfermedad de la que no se vaya a curar. En unos seis meses como mucho ya estará usted sana, con otros problemas, eso sí.

—¿Seis meses?

—Está embarazada, de unos tres meses, estimo. Pronto le estará creciendo el vientre. Tiene usted caderas anchas, y me imagino que no empezaba a mostrarlo muy temprano con sus demás hijas.

—¿Embarazada? ¡Eso... es imposible! Lo intenté en Sevilla por doce años, después que nacieron las mellizas, y nunca...

—El cuerpo cambia. Está usted en otro ambiente, ¿qué puedo decirle? El cuerpo humano funciona de manera misteriosa.

—Pero... he sangrado... poco, no como siempre, pero pensé...

—Pasa a veces. Tal vez ya no ocurra más; en ocasiones, en los primeros meses puede usted confundirse. Todos sus malestares se irán en unas semanas.

—¡Pero es que, con mis hijas, nunca, nunca estuve con náuseas o mareos! ¿cómo puede estar seguro?

—Doña Rosalía, puede usted no creerlo, pero en un mes o algo más la criatura comenzará a moverse, su vientre se hinchará y entonces podrá empezar a creer que tengo razón. O tal vez elija creerme desde ahora, que veo estas cosas todos los días, y empezará a cuidarse mejor y a cuidar a esa vida que lleva dentro. Dejaré unas indicaciones a su doncella y vendré a verla en una semana. Este jarabe la ayudará con las náuseas matutinas —dijo, y entregó un frasco de cristal a Juana, que lo tomó con timidez.

—Doctor, ¿podría pedirle que no comente esto con nadie? Mi marido no se encuentra y quiero ser yo quien se lo diga.

—No hay necesidad de decirlo. Soy una tumba. ¿Tampoco quiere que lo sepan sus hijas? ¿Qué debo decirles? Están afuera, expectantes.

—Aun no... yo les diré. Solo explíqueles que es una indigestión y que ya me ha dado algo, por favor.

—Como guste, vizcondesa. Me retiro.

El doctor, al salir del aposento, sufrió, como era de esperarse, el interrogatorio. Contestó con la celeridad a la que le obligaba otro paciente, que todo estaba bien y que se trataba de una indigestión prolongada. Tal como lo habían instruido. Se marchó y dejó la casa de la familia Salinas con un secreto a cuestas y la promesa de volver.

Capítulo 3

María del Carmen y Lucía, sentadas en el patio, toman jugo de naranjas bajo la sombra de un árbol; por lo general están acompañadas de sus madres en todo momento que se ven, así que aprovechan la soledad del jardín para hablar con privacidad y recordar la celebración de la condesa de Valette.

—Nunca me dijiste por qué te fuiste esa noche sin despedirte. Te vi bailar con ese marqués, no sabía que podías bailar.

—Claro que puedo bailar. Bailaba todo el tiempo en Sevilla. Aquí hay pocos bailes, allá cada semana había uno distinto.

—Yo nunca he ido a España. Muero por ir a conocer a mi familia allí. Pero la posición de mi padre es más ventajosa en Santo Domingo. Dudo que la Corona se lo pida, además.

—Nuestra casa en Sevilla es más grande que esta. Todavía creo que regresaremos.

—¿Vas a decirme por qué no se despidieron? Todos hablaron sobre eso después. Tu padre debió estar muy enfadado.

Un mes había pasado desde la celebración de la fiesta de la condesa Angelique de Valette. Algo extraño había ocurrido esa noche.

El marqués de Ferrand había invitado a bailar a Lucía. A ella no le importaba que fuera un caballero reservado para su hermana. Sofia era indiferente a los esfuerzos del marqués y no le interesaba ocultar su desinterés. Pero entonces, poco después de ese baile, el vizconde hizo que toda la familia se marchara temprano, y su enojo era indiscutible. Lucía se lamentó de que, justo cuando alguien quería bailar con ella en una tertulia, tuvieran que irse; y se preguntó si ella había provocado, con aquel baile, el enojo de su padre, que no habló mientras iban de regreso a la casa. Solo un día después se enteraría del motivo de tan abrupta partida y sabría que nada tenía que ver con ella. Por lo que escuchó detrás de una pared, el marqués y Sofia ya no iban a casarse.

—Mi madre se sintió mal. Por eso nos fuimos —mintió, mientras acariciaba su crucifijo, pidiendo perdón a sus adentros.

—Veo que sigue mal, ¿ya la ha visto un doctor?

—Sí. Esta mañana, antes de que llegaras. Ha dicho que mejorará pronto. Parece que algo que comemos aquí no le hace bien.

—¿Iremos a la hacienda de la condesa? Tu madre está enferma, tal vez, deberíamos quedarnos. Es una invitación inoportuna.

—Nuestra madre ha dicho que debemos ir. Es la casa de Sofia, ahora.

—¿Y cuándo el matrimonio sea consumado? ¿Cómo llamaremos entonces a la viuda? ¡Tu hermana será la condesa de Valette!

—María, ¿quieres tomarte la vida un paso a la vez? Apenas si me acostumbro a llamarlo conde al señor Romero. Imagina cómo me sentiré al llamar condesa a mi hermana.

—Pues no sé. ¿Bien? Ojalá alguno de mis hermanos fuera un conde. Pareces envidiosa, Lucía.

—¿Tú también empezarás con eso?

—¡No lo sé, es que pareces molesta con Sofia y no entiendo por qué!

—Estás imaginando cosas. Solo me intriga saber cómo alguien puede esconder que es un conde por tanto tiempo y, de repente, de manera tan oportuna, ahora decidir revelarlo para casarse. ¿No te parece sospechoso?

—Si a tu padre no le ha parecido sospechoso, es porque lo ha considerado un reclamo legítimo. Deberías olvidarlo. Acusar a alguien sin fundamento es calumniar.

Lucía estaba a punto de mostrarle a su amiga la carta misteriosa que había recibido; sin embargo, se enfadó tanto con ella que sugirió, por el contrario, ir antes de lo previsto a la iglesia para rezar. Se alistaron y partieron acompañadas de Juliana. Eran las cuatro de la tarde, y el sol arreciaba con su azote inclemente. Los parasoles se hicieron más que necesarios para acompañar el recorrido de las tres calles que separaban la casa de la familia Salinas del complejo de los Dominicos. Los coches pasaban apresurados arrastrados por los caballos relucientes, mientras las jóvenes mujeres se pensaban cada paso sobre los adoquines coloniales.

La estructura de gran majestuosidad se remontaba a la llegada de la Orden de los Dominicos a Santo Domingo, alrededor de 1510; y en el conjunto arquitectónico, además de la iglesia, la capilla y el convento, se alojaba la Universidad Santo Tomás de Aquino, primera del Nuevo Mundo, donde iban a estudiar los hijos de los nobles y de los más prestigiosos hacendados de toda la colonia. La capilla de la Orden Tercera cerraba el atrio y estaba construida con tapia, piedra y ladrillo, ubicada justo en frente de la iglesia y del convento de varios patios claustales que cerraba el lado sur. Constituida por una sola nave y cuatro capillas laterales adosadas a esta, había sido construida a imagen y semejanza de la iglesia principal, y el patio que exhibía un frondoso jardín daba paso a las habitaciones de los monjes.

—Esta capilla me gusta mucho más —dijo Lucía, pasando de largo de la iglesia para ir a la capilla.

—¿Allí? Es la de los seglares, prefiero la iglesia principal.

—¡Tonterías! ¿Has visto el jardín? Si pudiera, rezaría allí todo el tiempo.

—Si quisiera rezar en una capilla, tengo una en casa. No sé por qué has querido venir aquí, siempre vamos a la catedral o al convento de Santa Clara. ¿Qué te ha pasado hoy?

—¡María! Te prometo que tiene un jardín maravilloso, me lo ha mostrado antes la condesa de Valette. No podía esperar para venir aquí sin mi madre.

—¿De eso se trata? ¿Estás aprovechando la enfermedad de tu pobre madre para hacer lo que quieras?

—¡Por la Virgen del Rosario! ¡María, lo dices como si fuera un pecado! Entremos. No sé cómo has hecho para vivir aquí toda tu vida y no querer rezar aquí.

—Ya he venido antes, Lucía... hay demasiados muchachos cerca, mis hermanos estudian aquí, los encontraremos cuando salgan.

—¿Y eso qué?

Lucía se encogió de hombros y le hizo gestos de callar a su amiga, para que pudieran entrar a la capilla. Las esclavas de una y de la otra las siguieron, persignándose todas antes de encaminarse al frente. El lugar estaba desierto, con la excepción de dos monjas que recorrían el pasillo principal de salida y se encontraron con el grupo. Todas las mujeres inclinaron las cabezas y siguieron con su camino.

Lucía se sentó en el primer banco, y María se sentó a su lado. La primera se quitó el rosario que llevaba colgado en el cuello y comenzó con las primeras oraciones, seguida de la segunda, que la imitó con precisión, cuando sacó el rosario que guardaba en una bolsita colgada de la muñeca. Estuvieron en la misma posición por al menos una hora, hasta que salieron de la capilla y se dirigieron al patio. El arco de ladrillo daba la bienvenida a un espacio no muy grande, techado por el cielo azul y un par de nubes distanciadas. Árboles con flores amarillas, moradas y rojas parecían atrapar la primavera de forma misteriosa. Una fuente de piedra al fondo, incrustada en el

muro, servía de abrevadero para los pajaritos que, incesantes, revoloteaban el lugar creando su propia música. Las rejas que daban acceso a las aulas de la universidad estaban abiertas y, por encima de estas, sobresalía la iglesia principal en su inmensidad. El aroma de un rosal atrajo a Lucía en una de las esquinas del jardín. Solitario, el arbusto era el único en su clase y parecía haber sido sacado de otro jardín. Hinchido de botones a punto de florecer, solo un par de ellos habían comenzado a exhibir el color rojo oscuro de las rosas, pero el aroma inundaba todo el jardín, como si fueran los únicos allí.

—Este jardín es un poema, María. ¿No lo crees?

—Mi jardín es mucho más hermoso.

—Ser presumida no te dará un lugar en el convento...

—No iré al convento, Lucía. Soy la única mujer en casa, y mi dote es envidiable.

—Eres tan odiosa a veces. No sé cómo podemos ser amigas.

—¿Quieres que mienta?

—Si tan segura estás de que vas a casarte, ¿cómo es que no han celebrado tus esponsales con nadie?

—Pues tal vez me casarán con un lord inglés, cuando cumpla los veintiuno o algo así.

—¿No te importaría casarte con un anciano, con tal de estar casada?

—No digas tonterías. ¿Sabes cuántos pretenden mi mano? Mi padre es el gobernador.

—¿Y cuántos de esos que dices que te pretenden te han dicho algo?

—Todavía ninguno. Pero sí le habrán dicho a mi padre.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Porque no podría ser de otro modo...

—Vas a bailes todo el tiempo, en tu misma casa, ¿y me dices que ningún hombre se ha acercado a ti para declararte su amor? Es extraño.

—No lo es. Mi padre es el ...

—Sí, sí... lo repites como un loro, como si no lo supiera ya. Solo digo que los hombres, cuando están interesados, encuentran alguna forma de decirlo.

—No podrías saber eso.

—¡Sí que podría!

Juliana llegó al patio con la doncella de María del Carmen a su lado. La mujer, que duplicaba en edad a Juliana, recordó a su ama que las campanadas del ángelus habían sonado ya y que debían regresar antes de que oscureciera. Las amigas interrumpieron la discusión y salieron pasando por las rejas. Caminaron a través del patio interior que comunicaba la capilla y el convento, y desde allí, sobre los adoquines curiosamente colocados de forma circular, emprendieron la vuelta a la casa Salinas, un poco menos amigas que antes.

Capítulo 4

El cielo ofrece su mejor traje azul y la sabana que cubre el terreno de la hacienda Andiarena exhibe su esplendoroso follaje ya recuperado desde las últimas lluvias. No han quedado frutas en los variados árboles que llenan el patio principal, pues la tormenta derribó las más maduras y también las más verdes. Mientras crecen los nuevos retoños, el conde de Valette ofrece las provisiones restantes a sus visitas con la promesa de una producción nueva en poco tiempo.

Lucía observa con curiosidad el campo abierto. No había participado en las visitas anteriores y veía por primera vez la enorme propiedad. Doña Rosalía, pese a todo lo esperado por sus hijas, se encontraba recuperada y quiso acompañar a las jovencitas. Su doncella le aconsejó quedarse en casa porque el trayecto en la pequeña embarcación para cruzar el río no la favorecería, pero ella insistió. Sentía que se había recuperado de su malestar y, aunque por poco se arrepiente, los deseos de conocer lo que en el futuro sería el nuevo hogar de su hija fueron más fuertes. «¡Juana no te separes de mí, en todo caso que deba salir corriendo!», le dijo a su doncella.

El grupo se encontraba reunido en poltronas dispuestas en el traspatio abierto, que dejaba ver el terreno en toda su amplitud. El único hombre era el conde de Valette, que, sentado al lado de su prometida, no dejaba de admirarla.

—Madre, ¿qué piensa, entonces, de nuestra pretensión de celebrar aquí, en Andiarena, nuestra fiesta de casamiento? Podemos venir después de la iglesia —argumentó Sofía poniendo en evidencia sus planes.

—¡Oh, querida, no lo sé! ¿no te parece que en la ciudad es mucho más fácil?

—¡Pero hay tanto espacio! Y esta será nuestra casa...

—Quería hablarles sobre eso —interrumpió Angelique, con una expresión tímida en el rostro y mirando a Alonso, buscando su aprobación-, no estoy segura de si este es el momento, pero...

Lucía, al ver que la viuda de Valette dudaba en continuar su discurso, se acercó al oído de su madre para pedirle permiso y retirarse con María del Carmen a caminar por el patio. Doña Rosalía, que estaba atenta a lo que diría Angelique, la instó a irse y quedaron sentados solo la pareja comprometida, Leonor, doña Rosalía y la misma viuda. La menor de las Salinas caminó con María del Carmen hacia el pasto abierto y solo escuchó el principio de la conversación que dejaba detrás.

—He pensado, Alonso, que debería dejar la casa y venir yo a Andiarena —continuó la viuda-. Así estará Sofía más cerca de su madre, y bien sabes que siempre esta será su casa. Prepararemos sus aposentos como si fueran a vivir aquí, yo tomaré uno del primer piso y será mucho más sencillo. ¿No le parece una solución justa, doña Rosalía?

—¡Oh, querida! ¡Deberíamos saber lo que piensa el conde antes de dar cualquier opinión!

—¡No podría sacarte de tu casa, Angelique! ¡Qué clase de amiga sería si aceptara tal cosa! —se quejó Sofía poniéndose de pie para sentarse en la poltrona vacía a su lado y tomarla de ambas manos.

—Te prometo que no pensaría mal de ti, Sofía. Siempre he querido pasar más tiempo en Andiarena. Por todas las responsabilidades que tenía como condesa de Valette, no podía ausentarme mucho tiempo. Pero si Alonso ya firmará los documentos que corresponden al título, mi presencia será mucho menos requerida para asuntos de negocios. ¿No es así, Alonso? Tal vez... aquí pueda leer un poco más, quién sabe, escribir...

—¡Oh, escribir! Pero qué cosas dice usted... —interrumpió doña Rosalía, mirando a la joven viuda con extrañeza.

Lucía no escuchó más porque las voces comenzaron a desvanecerse en la distancia a medida que ella y María del Carmen se alejaban hacia un grupo de hamacas que divisaron bajo los árboles más frondosos.

—La viuda parece una buena amiga. Mi madre no la tolera, pero a mí siempre me ha parecido de lo más encantadora. Mi hermano mayor se muere por ella... creo que por eso mi madre no la soporta, porque lo ignora por completo.

—Y tu hermano... ¿se lo ha dicho? A la condesa, quiero decir, ¿le ha dicho que se muere por ella? —preguntó Lucía, desesperada por contarle a alguien de la carta que llevaba a todas partes, temerosa de que pudieran encontrarla.

—Las viudas no tienen nuestros problemas, Lucía. Pueden volverse a casar con quien quieran, nadie arregla sus matrimonios, como arreglarán el mío, como arreglaron el de tu hermana con el nuevo conde. ¿Sabes que mis padres decían que tu hermana había sido prometida al marqués de Ferrand? Yo misma escuché a tu padre decirle al mío una vez, antes de que ustedes llegaran a Santo Domingo. ¿Sabes algo de eso? ¿Qué pudo haber pasado?

—No sé de qué hablas. Sí que conozco al marqués y lo vi en nuestra casa algunas veces, pero nunca fue el prometido de Sofía, era un amigo, así como era amigo mío, ¿recuerdas que bailamos juntos?

—Sí... lo recuerdo. Justo antes de que se fuera. Mi doncella dice que ha regresado, pero no lo he visto en la iglesia, ni en ninguna otra parte.

—¿Ha vuelto? ¿Y saben a dónde fue?

—Eso dice ella... tal vez no es cierto.

Las jovencitas se habían acomodado en sendas hamacas. La trenza de cabello negro de María del Carmen subía y bajaba por los aires al ritmo del columpio que se mecía con entusiasmo, mientras que Lucía, recostada, con los ojos al cielo, mantenía sus pies sobre la tierra, meciéndose con escasísima fuerza. Se quedó en silencio y suspiró con hondura antes de sacar del bolsillo de su falda blanca el trozo de papel doblado.

—Tengo que decirte algo.

—¿De qué se trata?

—Antes debes jurar por la Virgen del Rosario que no lo dirás a nadie.

—¿A qué se debe tanto misterio?

—Si no lo juras primero, nada te diré.

—De acuerdo, lo juro.

—Alguien me ha enviado esto —dijo, incorporándose para acercarse a la hamaca contigua y extender la mano con la carta-. Léela y dime lo que piensas.

María del Carmen tomó un minuto en detener el movimiento impetuoso de la hamaca, para no caer al suelo. Cuando la hubo controlado, se incorporó con dificultad, porque el vestido resbalaba en la tela. Extendió la mano. Sus ojos negros brillaron con intensidad y arrugó la boca en desconcierto. Abrió el papel y leyó el poema escrito en este, una vez, otra más e, incluso, una tercera. La brisa matutina remeció las hojas de los árboles y algunas cayeron sobre las hamacas, el papel voló de las manos de María del Carmen que hizo vanos esfuerzos por retenerlo. Lucía pegó un grito ahogado y fue tras él con la agilidad que los nervios le impregnaron. Lo alcanzó en la hierba con un par de zancadas antes de que volara de nuevo. Reprendió a María con una mirada de fuego ardiente y dobló el papel para meterlo en su bolsillo a prisa, no sin antes mirar a todos

lados para asegurarse de que nadie había notado el pequeño alboroto.

—Te digo que no debes decirle a nadie y lo primero que haces es soltarlo al viento.

—Sabes bien que no ha sido a propósito. ¿Quién te ha escrito esto?

—Pues «un poeta enamorado». ¿Cómo puedo saberlo si no lo ha firmado con su nombre?

—¿Y el sello? ¿Lo reconoces de algo?

—No.

—¿Has conocido a alguien? ¿Quién te ha dado la carta? ¿Dónde la has encontrado?

—No lo sé. He conocido mucha gente, en las tertulias, pero nadie habla conmigo, no de ese modo...

—¿Crees que pueda ser uno de mis hermanos? ¿Qué hay del abogado, ese que siempre está con ustedes?

—¿Manuel? Es un simple. No podría escribir un poema como este ni que se lo dictaran. Además, está enamoradísimo de Leonor.

—¿Y qué harás? ¿Habías pensado alguna vez en casarte? ¿Cómo haría tu familia para tu dote? Eres la menor...

—No lo sé, María del Carmen, te lo he contado para que me ayudes a encontrar respuestas y solo me haces más preguntas.

Lucía vio a Leonor, que se acercaba caminando desde el traspatio, y calló. Miró a su amiga, que no podía darse cuenta de que pronto se uniría alguien más a la conversación, pero Leonor habló antes de que María pudiera decir algo comprometedor.

—¿Rezando el rosario? —las interpeló Leonor cuando estuvo cerca.

—¿De verdad piensas que lo único que hacemos es rezar? —preguntó María del Carmen, echándose hacia atrás en la hamaca—. Para que lo sepas, hacíamos todo lo contrario.

—Supongo que no le gritaban a la Virgen... ¿Qué ha pasado? Se te escuchó adentro —agregó Leonor escudriñando con la mirada a su melliza.

—María del Carmen ha empujado con su pie mi hamaca y he estado a punto de caer. Por eso he gritado. ¿Ahora te preocupas por mí?

—Lucía, algún día deberás dejar de pretender que eres una santa. Puedes llevar ese crucifijo en el pecho, pero un día te quemará la piel, y entonces todo el mundo sabrá que lo único que tienes de monja es esa cruz. Siempre me preocupo por ti, pero lo haces difícil, hermana. No dejes que te contagie su amargura, María, algunas personas no aceptan su verdadera naturaleza, y luchar contra eso solo las convierte en antorchas andantes de infelicidad irradiando todo a su alrededor.

Leonor dio media vuelta para regresar con los demás. Sostenía su falda para caminar más aprisa sobre la hierba; y unos minutos después, la acritud de sus palabras todavía llenaba el silencio bajo los árboles.

Capítulo 5

Ya había pasado poco menos de una semana después de que las medicinas del doctor ayudaran con el malestar a doña Rosalía, que se debatía frente el dilema de contar el secreto a sus hijas antes de que su esposo regresara de Cuba o esperar a que estuvieran todos juntos. El temor de que pudiera pasarle algo y que la doncella lo contara todo la obligó a decirlo en el desayuno el domingo, previo a que salieran a la misa. Ese día realizarían la segunda proclama del casamiento de Sofía y recibirían las felicitaciones de quienes no se hubieran enterado, si es que faltaba alguien por saberlo, pues, en la colonia, las noticias viajaban más rápido que los carruajes. María del Carmen tendría que saberlo también, pues sin duda alguna terminaría por decir algo inapropiado que dejara la situación en evidencia, pensó la vizcondesa. Así que aprovechó la sorpresa de todas cuando la vieron bajar al comedor, ataviada con su traje de encajes blancos y la mantilla tejida del mismo color, que solía colocarse para ir a la iglesia. Dio los buenos días con su mejor sonrisa y tomó su asiento de siempre en la cabecera.

—¡Madre! ¿Vendrá con nosotras?

—Sí, Lucía. Ya me encuentro aliviada. La visita del doctor me ha hecho bien, y ayer, el aire fresco del campo me ha sentado aún mejor.

—Tiene buen color, doña Rosalía.

—Gracias, querida María. Eres muy generosa. Gracias por acompañarme a rezar el rosario en mi salón en estos días —dijo mirando con tono de reproche al resto de sus hijas, que apenas habían ido una o dos veces a rezar con ella durante la semana.

—La oración es la mejor medicina.

Ante la respuesta de María, Leonor entornó los ojos en franco hastío y dio gracias a Dios por tener la boca llena de pan en aquel momento.

—Hay una noticia que debo darles. Pero deben asegurarme que no la compartirán con nadie fuera de esta casa. Queda prohibido hablar de ello delante de extraños, ni siquiera a tu prometido, Sofía. Josefá ya lo sabe, también Juana —dijo mirando a la cocinera, que se acercaba con una jarra de plata llena de jugo de naranja.

—¡Madre! ¿Qué gran misterio guarda? ¡Dígalo pronto, porque parece grave!

—Es en realidad un milagro. Después de diecinueve años, mi vientre vuelve a ser el albergue de la vida. Estoy encinta. El doctor Espaillat dice que llegará con el nuevo año.

—¿Encinta?

—¡Es una noticia maravillosa!

Sofía dejó sobre la mesa una fruta mordisqueada y corrió a abrazar a su madre como hacía años no lo hacía. Olvidó su comportamiento temperamental, sus miradas desaprobatorias y las riñas anteriores, para envolverla con lágrimas de felicidad. Sus hermanas la siguieron con igual sentimiento de alegría, y nunca se habían visto tantos rostros felices en aquella casa al mismo tiempo. María observaba la escena desde su asiento, emocionada y triste de no poder participar en aquel íntimo abrazo. Juliana, que llegaba con una bandeja, ajena a lo que ocurría, miró a su madre, la cocinera, que le sonrió en complicidad diciéndole algo en voz baja.

La algarabía del comedor de la familia Salinas se había transformado, en el transcurso de una hora, en solemnidad pura durante la misa. Alonso y Sofía se habían sentado uno al lado del otro, y ella todavía tenía los ojos rojos. Antes de que diera inicio la celebración, Alonso la abordó con

curiosidad al ver su rostro.

—¿Está todo bien? Parece resfriada. Tal vez ha cogido lo mismo que Angelique. Se ha quedado en Andiarena, indispueta.

—¡No, no! Estoy bien. No se altere usted solo porque he dormido de más. Debe ir acostumbrándose a ver mi rostro recién levantado.

—Su rostro será siempre la visión más hermosa, no importa si tengo los ojos cerrados.

La segunda proclama del casamiento fue realizada sin mayores contratiempos, sin embargo, al salir de la iglesia, la silueta de una figura conocida salió al encuentro de la familia con vital entusiasmo. Alonso y Sofia caminaban juntos detrás de doña Rosalía, que iba unos pasos adelante seguida de su doncella. Lucía, Leonor y María iban rezagadas, pero fueron las primeras en comentar lo extraño del encuentro que tendría lugar.

—¡Doña Rosalía! Ha pasado un largo tiempo.

—Señor marqués... qué sorpresa verlo. Pensé que se había regresado a Francia. —respondió con marcado desdén la vizcondesa. Abrió su abanico y lo aleteó con fuerza, como si hubiera recibido un repentino golpe de calor.

—No me he ido tan lejos —dijo ignorando la ironía de su comentario. Sin más, se acercó a la pareja comprometida y estrechó sus manos con las de Sofia, que lo miraba con genuina sorpresa —. ¡Mi querida amiga Sofia! Mis sinceros parabienes por su casamiento, espero que le aguarde felicidad eterna. ¡Mi distinguido amigo, he sabido que es ahora usted un conde! No puedo más que augurarles a los dos incontables alegrías en su vida juntos. ¡Que el tiempo siempre se detenga para ustedes!

El marqués de Ferrand agregó su última frase con una mirada de complicidad a Sofia, que dejó atónito y lleno de sospechas al conde de Valette.

—Es usted un grandioso amigo, marqués de Ferrand. Sé que sus deseos son honestos y los recibimos con agradecimiento. ¿Ya conoce usted al marqués? —agregó Sofia con una mirada de ternura a su prometido, que hacía un esfuerzo en no parecer desagradable.

—Nos hemos visto alguna vez... gracias por las felicitaciones —contestó a secas y sin fingir siquiera la sonrisa.

Los ojos grises del marqués brillaban como nunca antes bajo los rayos del ardiente sol del trópico, que quemaba la plaza en las afueras de la iglesia. Adelantó unos pasos más para encontrarse con Lucía, Leonor y María del Carmen. Las tres mujeres tenían puestos vestidos blancos con mantillas del mismo color, y solo Lucía tenía atada una cinta de color violeta en la cintura.

—¿Cómo se encuentra, señorita Lucía? Espero que se haya recuperado de los vergonzosos pisotones que le propiné durante el baile, la última vez que nos vimos. Debo haberle dejado los pies del color de su cinta —dijo inclinando la cabeza con profundidad, como solía hacer cada vez que saludaba, quitándose el sombrero.

—Estoy bien. Gracias, señor marqués —respondió ella a punto de sonrojarse.

—¡Señorita Leonor! ¡Tan radiante como en cada momento! ¿Qué hay de usted, señorita María? ¿Cómo se encuentran sus hermanos?

Las mujeres respondieron con monosílabos. El francés había engordado un par de kilos y no se veía tan delgado como antes. Los hoyuelos en sus mejillas se hundían sobre la piel sonrosada de quien ha pasado tiempo al sol y había cortado sus rubios bucles, que ya no lucían la larga cola sobre su espalda, sino una corta que apenas sobrepasaba su cuello. Siguió hablando sin cesar, más de lo que solía hablar antes, que ya era mucho, y al ver que las señoritas comenzaban a

abanicarse, se disculpó por su imprudencia al retenerlas bajo el sol.

—Deben honrarme con una cena en mi casa, continuaremos allí esta conversación y celebraremos el gran acontecimiento que significa este maravilloso compromiso. No pueden negarse. Mi lacayo hará llegar la invitación esta misma semana.

—¡Oh! Como verá, señor marqués, mi esposo no nos acompaña. Ha viajado a Cuba y...

—¡Oh, sí, me he enterado de eso! Cenaremos juntos de nuevo cuando esté de regreso. Les dejo ir, me ha causado gran emoción volver a ver a mis amigos. —Levantó su sombrero.

El hombre se alejó seguido de sus ayudantes, sin esperar una respuesta. Doña Rosalía quiso hablar en voz alta de su insolencia y se contuvo de hacerlo porque debía mantener la posición a la que su esposo le había obligado. «No es necesario pelear con el marqués, no estamos en condiciones de librar esa batalla», le había dicho el vizconde a su mujer la noche en que el francés le dijo que no se casaría con su hija mayor, contrario a la promesa de su padre. «Quiere ser nuestro amigo», había agregado, enojando más a doña Rosalía, que no entendía por qué no lo hacían cumplir su palabra. Lo que había quedado como una verdad no compartida, ahora era un secreto a ocultar, pues podría desalentar al nuevo prometido. Caminó lidiando con sus propios secretos, mientras en el trayecto de regreso a la casa, cada quien iba murmurando sus propias opiniones sobre la inexplicable partida y el repentino regreso del marqués Jean Pierre Gilbert de Ferrand.

Capítulo 6

Dos días habían pasado desde el encuentro en la iglesia, cuando llegó la invitación para una cena esa misma noche. La caminata hasta la casa del marqués de Ferrand era de apenas diez minutos, por lo que las mujeres de la familia Salinas, en compañía de María del Carmen y el cortejo de doncellas, prefirieron recorrer a pies las cinco calles que las separaban. El marqués había ofrecido enviar su coche a recogerlas más temprano, pero doña Rosalía declinó la invitación, y allí estaba sofocada, apenas dos calles después, arrepintiéndose de no haber aceptado el ofrecimiento. La tarde estaba muy iluminada, y el grupo se detuvo en un parque para que doña Rosalía se abanicara. Mientras tanto, Juliana debió correr a la casa para avisar a su padre que trajera el coche. Cuando volvieron, María del Carmen y Lucía anunciaron su deseo de continuar a pies con Juliana, y el resto se fue en el coche. Aprovecharon la soledad de la calle vacía para hablar sobre la carta, dejando atrás a Juliana, para que no pudiera escuchar.

—Si no has recibido ninguna carta más, ¿cómo podrás responder?

—No lo sé, María. No creo que esa carta estuviera hecha para que la respondiera. Ya has visto que han hablado en ella de una tormenta de la que ha pasado hace mucho más de un mes. No puedo responder si no sé a quién escribo. Ni siquiera sé si vale la pena...

—Tú quieres ir al convento o no, ¿Lucía?

—No lo sé, María. Todavía no lo sé... creía que sabía; en Sevilla estaba segura de que era eso lo que quería, pero desde que he llegado a esta isla repleta de secretos, todo parece complicado. ¿Y qué hay de este marqués? Nadie sabe por qué se ha ido —dijo parando de golpe—. ¡Juliana! —gritó para que la mulatica pudiera escucharla al acercarse.

—¿Sí, su merced?

—Este marqués, ¿no has escuchado nada? Los esclavos a veces escuchan cosas que los amos ni siquiera se enteran. ¿Sabes por qué se fue? ¿O por qué volvió?

—No sé nada, su merced —la jovencita murmuró su respuesta con timidez, hundiendo su mirada en los ladrillos de la calle.

—¡Déjala en paz, María! Ya podrás preguntarle tú misma cuando lleguemos, si tanto quieres saberlo. ¿Por qué te interesa tanto, en primer lugar?

—No lo sé... me parece que sería un esposo maravilloso, tan educado, tan amable, tan... francés...

—No lo conoces.

—Sí que lo conozco. Es amigo de mis hermanos. Lo he visto muchas veces. Esos hoyuelos en sus mejillas, sus ojos grises tan profundos, antes se veía tan delgado, pero ahora se ve, no lo sé, tan... robusto.

—Lo veo igual que antes.

—Entonces la que no lo conoces, eres tú, Lucía.

Juliana escuchaba la conversación unos pasos atrás y respiró aliviada al ver que habían llegado a su destino. Conocía al lacayo del marqués, y era el único esclavo en el que se habían posado sus ojos durante los bailes de la plaza. Era una noticia maravillosa que pudiera ir a aquella casa, y por eso había usado su vestido de ir a misa. La mulatica llevaba el cabello tejido en dos trenzas y usaba su lazo negro de la suerte, en espera de que el joven mozo la notara.

Las mujeres fueron recibidas por un mayordomo alto y con bigote gracioso, que las invitó a

unirse en el salón al resto del grupo que se había adelantado. El marqués, que estaba sentado con las demás mujeres, se puso de pie tan pronto escuchó la puerta abrirse y se adelantó a encontrarlas.

—Señorita María, señorita Lucía, bienvenidas, pasen, por favor. Es un honor recibirlas en mi humilde casa. Temí que no las veríamos, pero su madre ha dicho que prefirieron caminar. Habría enviado a mi cochero...

—¡Buenas tardes, señor marqués! No era necesario en lo absoluto, está su casa muy cerca de la nuestra.

—¡Buenas tardes! —dijo María del Carmen, inclinándose con diligencia y una sonrisa nerviosa.

La enorme propiedad de piedra resaltaba ante las demás al final de la calle, por el balcón corrido del segundo piso, que, con sus vigas de madera, recordaba la estructura de una carabela antigua. Dentro, en la casa, muebles franceses de exquisito matiz adornaban el salón y el comedor con cojines por doquier en tejido de damasco. El escudo de armas de la familia Ferrand se exhibía, con prepotencia, en una pared, y un retrato a cuerpo completo del difunto marqués de Ferrand ocupaba un muro completo al fondo del salón. Al acercarse a la gran estancia, las poltronas de madera negra muy pulida, con almohadones en terciopelo rojo, albergaban al grupo conformado por doña Rosalía, Leonor y Sofía. Las doncellas habían pasado a la cocina, y allí se les unió Juliana al entrar. Las dos jovencitas recién llegadas tomaron asiento en las banquetas vacías. Sofía conversaba animada con el marqués, y Lucía los observaba extrañada, pues ya sabía que nunca habían sido tan amigos. Su hermana mayor, que antes se había comportado de manera recia y desinteresada con él, en ese momento parecía ser su más íntima confidente. La escena molestó tanto a Lucía que intervino en la conversación: —Pensé que nos acompañaría Alonso... el conde de Valette, quiero decir.

—Debe estar a punto de regresar, señorita Lucía, ya estaba con nosotros, pero debió retirar algo que olvidó en su coche y no quiso que su ayudante lo buscara —respondió el marqués de Ferrand cuando escuchó la voz de Lucía, girándose hacia ella, que estaba sentada a unos pasos de él—. Es muy independiente su prometido, señorita Sofía —agregó volviéndose a mirarla.

—Sí que lo es. ¡Oh! Y aquí viene justo a tiempo para evitar que hablemos de él en su ausencia —respondió alegre al ver que Alonso estaba entrando con una botella de vino en las manos.

Una campanilla anunció que podían pasar al comedor, y así lo hicieron. Doña Rosalía mostraba una sonrisa por pura obligación y respondía con monosílabos solo para evitar un regaño de su marido cuando volviese. Cuando estuvieron a la mesa, el desfile de platos dio inicio a un festín que se prolongó por una hora, en la que parecían monopolizar la conversación Leonor, Sofía y el marqués, con alguna intervención de María. Alonso se mantuvo serio, mientras Lucía observaba, como solía hacer siempre que quería entender lo que pasaba..., en silencio. Leonor aprovechó para hacer un comentario que pensó molestaría a sus hermanas, porque se había reído poco en toda la noche, y no encontraba mayor diversión que hacerlas sufrir.

—Señor marqués, ¿tendrá usted otro de esos libros de la bestia, ese que regaló a Sofía? Es que a mí sí que me gustaría leer algo diferente...

—*La bella y la bestia*, querrá decir...

Las dos hermanas miraron con reproche a Leonor, que intentaba retener las carcajadas. Los ojos verdes de doña Rosalía se clavaron en ella con tal cólera que podía sentir el calor en sus ropas, que se quemaban con su mirada. Tardó solo un par de segundos en arrepentirse de lo que había hecho, pero el marqués respondió con su voz cortés y encantadora.

—En mi biblioteca podrá escoger alguno que le guste, señorita Leonor. También usted, señorita Lucía... y por supuesto, señorita María, es bienvenida a escoger uno también. Solo les pediré que sean generosas y no se lleven alguno de mis favoritos.

—Si lee tanto usted, ¿en qué momento atiende sus fincas, marqués? —interrumpió el conde de Valette con un tono que, de seguro, nadie en aquella mesa le había escuchado antes.

—Pues he pasado un mes en el sur atendiendo mis fincas. Había tenido la fantástica idea de crear mi propio viñedo para cosechar espumantes, tal como en la campiña de mi familia, que lo ha hecho por generaciones en Champagne, Francia. Pero la tormenta destruyó el esfuerzo de todo un año y ahora debo esperar. Mi *gérant* dice que es imposible. ¿Qué cree usted, conde? Ya que solía ser un gran *gérant* y la condesa Angélique Saint-Hilaire confía mucho en usted, tal vez pueda darme algún consejo.

—En estas tierras no se cosechan uvas, no sé quién le habrá aconsejado esa locura.

—Pues he sido yo el loco que ha insistido. No puedo culpar a nadie más por ello. De vez en cuando se me ocurren asuntos imposibles. Gracias por su sinceridad.

La tensión por los libros pronto pareció trasladarse a los hombres. Al terminar, el grupo se trasladó nuevamente al salón para hacer un brindis y atender a los músicos que ya se acomodaban con sus arpas. Después de escuchar algunas canciones, el marqués acompañó a Leonor, Lucía y María del Carmen, para que pudieran elegir el libro prometido.

El gabinete dedicado a la biblioteca se extendía por toda el ala derecha del salón, y dos pasillos con estantes de madera de varios niveles albergaban las obras completas de Voltaire, Montesquieu y Rousseau, clásicos de romance, las poesías de Gresset y más de 700 volúmenes que sorprendieron a las jovencitas. Entraron, y el olor a madera ahumada las embriagó enseguida, los candelabros colocados a cada lado de la puerta iluminaban con timidez el salón. Leonor y María del Carmen se adelantaron para estudiar los tomos más grandes al fondo del pasillo principal, donde estaba iluminado, y Lucía giró en el primero de los pasillos, escogió un volumen de fábulas literarias del estante más cercano y comenzó a hojearlo ante la mirada indagadora del marqués, que se quedó a pocos pasos de ella.

—¿Y usted cómo se encuentra, señorita Lucía, cómo le va con sus planes de entrar al convento? —la interrogó en voz baja.

—No mejor que a usted con sus uvas, señor marqués.

—¡Oh! ¡*Touché!* Siempre tan directa. Extrañaba nuestras breves conversaciones. El prometido de su hermana parece tener el mismo temperamento que usted.

—¿Puede culparlo? Usted ha pasado la noche en franca conversación con Sofía, parecen ser los más íntimos amigos ahora.

—¿Acaso preferiría que conversara con usted? Solo debe decirlo.

—Me da lo mismo con quien escoja usted hablar. Pero ha criticado al conde y debo defenderlo, pues tiene todo el derecho a odiarlo.

—¡Pero si apenas nos conocemos! ¿Puede usted odiar a alguien a quien no conoce?

—Podría. Si supiera que lo merece.

—¿Y qué hay del amor? ¿Podría amar a un hombre solo por las cosas que supiera de él?

—No podría saberlo. No me he enamorado jamás.

—¡Oh! ¡Nadie ha merecido su amor, pero alguien sí ha merecido su odio! Siempre descubro asuntos interesantes en usted, señorita Lucía. Alguien que nunca ha amado, pero sí ha odiado. ¿Podría reflexionar sobre eso, amaría a alguien sin conocerlo?

—Está empeñado en pensar las más horribles cuestiones sobre mí, señor marqués.

—Todo lo contrario. Me parece que su alma encierra tantos misterios que usted misma no los ha descubierto todavía. No es algo horrible, he usado la palabra «interesante»...

María del Carmen se acercó con un tomo en la mano, y la conversación se detuvo para dar paso a una discusión más amplia sobre el tamaño de la biblioteca, la dificultad de leer allí por las noches y la colección inusitada de poesía que Leonor había descubierto en una de las repisas. «Deben venir durante el día, a estas horas no podrán apreciar su belleza», dijo antes de abandonar la estancia y dejarlas explorar a su gusto. Fue a acompañar al resto de sus invitados en el salón y a invitar al conde de Valette a tomar una copa más de vino.

Las mujeres quedaron en la biblioteca descubriendo los rincones bajo la tibia luz de los candelabros agonizantes.

Capítulo 7

El canto de un gallo adelanta la mañana en la residencia Salinas. Los sirvientes se apresuran en cambiar las velas consumidas, sacudir el polvo, cambiar los manteles, perfumar los cojines y barrer el piso. El aroma a chocolate caliente recibe a doña Rosalía, que es la primera en bajar a desayunar. El cuerpo esbelto todavía no da señales de que una criatura crece en su vientre, y las enaguas blancas cubiertas por la falda del mismo color dan la señal inequívoca de que piensa salir esa mañana. Toma asiento en la mesa y parte un trozo de pan, lo moja en una taza de chocolate y celebra la bondad del «manjar de reyes» en su boca. Las jovencitas comienzan a desfilar por las escalinatas mientras discuten sobre el próximo baile prometido por el marqués de Ferrand. Dan los buenos días al llegar a la mesa, y la madre responde con el énfasis que ya le han conocido desde siempre.

—El marqués ha sido muy amable en invitarnos, pero no iremos a ese baile. Si es que su padre ha vuelto para entonces, lo discutiremos con él.

—Madre, ¿por qué odiamos al marqués ahora? Antes se desbordaba en elogios para él, ¿y de pronto no quiere que vayamos a un baile que él ha organizado? Antes de que se fuera faltaba poco para que nos obligara a...

—Ana Leonor, ¿no puedes dejar tus impertinencias ni siquiera cuando tenemos visitas? Alguna vez cambiarás ese comportamiento insurrecto y serás una mujer obediente, ¡por todos los cielos! ¿Es mucho pedir que me respetes, por lo menos ahora, sabiendo mi estado y que no debes mortificarme?

—Madre, no he querido mortificarla. Además, María del Carmen ya es como de la familia, ¿no es así? Si puede dormir en mi cama puede escuchar las discusiones normales del desayuno. Insisto en que no veo razón para que faltemos.

—Madre, debo apoyar a Leonor en este asunto. Solo falta un aviso de mi casamiento, Alonso... el conde de Valette, no hemos estado juntos en ningún baile público desde los esponsales. Sería extraño que no fuéramos a esta actividad social en la que estará todo mundo. Podrían pensar mal... ¿no lo cree?

—He dicho ya. Si tienen la suerte de que su padre esté de regreso, él lo decidirá. No tengo nada en contra del marqués —le contestó en voz baja—, pero somos cinco mujeres solas regresando en coche a mitad de la madrugada. Poco me ha faltado para dormirme sentada en la poltrona del marqués después de la cena, solo imaginen estar de pie toda la noche... ¡Oh no! Es impensable, no podría.

—¿Entonces esto es lo que nos espera en la isla ahora? ¿No iremos a ninguna parte donde no quiera ir usted?

Lucía partió un trozo de pan y observó a su madre encogerse de hombros ante la queja de sus hermanas. Notó sus mejillas sonrosadas, tenía mejor semblante que en días anteriores, pero no había perdido el mal humor y los deseos de que estuvieran todas encerradas. Ella entendía bien a su madre, sabía que el marqués de Ferrand debería ser con quien Sofía estuviera comprometida ahora, pero en el baile por el aniversario de la condesa algo había cambiado.

Cuando regresaron aquella noche, había escuchado detrás de un muro la discusión de sus padres. La vizcondesa había entrado al gabinete del vizconde hablando de demandas legales y promesas incumplidas, él había respondido en voz baja y ella había continuado alzando la voz

hasta que él había logrado convencerla de callar y ya no pudo escucharla más. Por alguna razón misteriosa, el marqués se había arrepentido de casarse con su hermana y aquel desplante no podía conocerlo nadie. Todo tendría que seguir como si nunca se hubiera discutido la posibilidad. Lo que más había intrigado a Lucía fue que todo aquel tumultuoso incidente no parecía haber surtido el menor efecto en su hermana mayor, que, por el contrario, se veía más feliz que nunca. El anuncio de la promesa de casamiento del conde de Valette pasó un par de semanas después, y desde entonces su madre había olvidado el rencor al marqués de Ferrand hasta que lo encontraron en la iglesia.

—Madre, irá a la iglesia hoy, por lo visto —intervino Lucía, haciendo un esfuerzo en distraer la discusión para evitar que se levantaran sospechas en María del Carmen.

—Sí, ya les debo la visita en Santa Clara; todos estos días indisputada, habrán pensado que me he mudado de parroquia. Vendrán conmigo, ¿no es así?

—Mi hermano Joaquín vendrá a almorzar con nosotras hoy, nos acompañará a dar un paseo por el palacio y la casa del almirante —dijo María del Carmen.

—¿Es Joaquín el que ha estado estudiando en la Universidad de Salamanca?

—Sí, señora. Ya lo ha conocido usted, vinimos todos juntos cuando invitaron a nuestra familia a cenar aquí, fue antes de la tormenta, ¿lo recuerda?

—¡Oh, querida! ¿Cómo olvidarlo? Fue preciso cerrar todas las puertas para que no se apagaran los candelabros —dijo doña Rosalía recordando con amargura los sucesos de los que habían ya transcurrido semanas—. De acuerdo, ¿ha escuchado eso, Josefa? Un puesto más para el mediodía. ¿Irán al catecismo mañana, entonces?

—Sí, señora.

—Muy bien. Vayan, no podrá hacerles daño caminar un poco en buena compañía.

Leonor y Sofía terminaron el desayuno en silencio, y doña Rosalía se fue acompañada de Juana a la iglesia. La mesa se fue desocupando despacio, y Juliana, al retirar el plato de Lucía, le habló con voz queda para que solo ella pudiera escucharla.

—Las flores del aljibe han nacido, ¿me acompaña a escoger alguna para su aposento?

—¿Flores, Juliana? ¿Ahora?

La mulata jovencita asintió con un movimiento de cabeza y se alejó a la cocina con la vajilla que retiró de la mesa. Lucía pidió a María que se adelantara al aposento mientras ella buscaba algo en el jardín. Cuando estuvo segura de que se había quedado sola en el primer piso, la emoción la embargó y apenas podía controlar su respiración. Agotó los pasos desde el comedor hasta el traspatio, atravesó el portón de madera abierto de par en par y caminó hasta el aljibe. El sol iluminaba en todo su esplendor el jardín interior en el que las flores amarillas y rojas crecían con timidez a poca distancia del suelo. El pozo cubierto de follaje sobresalía del piso con las enredaderas de flores amarillas hasta arriba, dejando libre solo la tapa de madera que lo protegía de las inclemencias del tiempo. El agua se escuchaba fluir con un eco tan claro que Lucía habría jurado que alguien pronunciaba alguna palabra difícil de entender allí dentro. Juliana regresó de la cocina caminando de prisa y estrujando su delantal negro con ambas manos. Se acercó al aljibe y le entregó a Lucía, que la miró interrogante, un pergamino que sacó del bolsillo de su falda.

—¿Vas a seguir diciendo que no sabes quién lo ha enviado?

Juliana abrió sus ojos negros. Todavía llevaba las trenzas del día anterior y parecía más joven e inocente de lo que era. Negó con la cabeza y salió corriendo hacia las barracas, atemorizada de que fueran a preguntarle más. Lucía miró a su alrededor, se fue a un rincón del patio y se sentó en un muro oculto tras un árbol de caoba. Abrió el hilo rojo, rompiendo el sello lacrado igual que el

anterior, y leyó el contenido, parando de vez en cuando a mirar que no viniera nadie.

Amada Ana Lucía Salinas:

*La ausencia de su sonrisa hiere
El silencio agrava mis heridas
En mi alma una parte se muere
Si es que acaso me queda alguna vida.
Deseo poder tocar al fin su mano
Y así besar cada uno de sus dedos
No deje que yo sufra solo, en vano
Ayúdeme a vencer el miedo.
El fuego de sus ojos verdes
Atraviesa mi pecho cada día
Me quema, así no me recuerde,
Me mata que su alma no sea mía.
Si es cruel su corazón y herirme quiere
Si es su deseo que muera de tristeza,
Tan solo dígame que no la espere,
Y pediré perdón por mi torpeza.
Mi corazón hoy cede a un sentimiento,
Me atrevería a escalar a su ventana,
Si se negara usted a ir al convento,
Para escapar conmigo una mañana.
Suyo,
Un poeta enamorado*

Capítulo 8

El palacio, edificado en rocas coralinas provenientes de las canteras de Santa Bárbara, exhibía su estilo gótico mudéjar y con un aire renacentista notable en sus arcadas. El imponente edificio era una construcción de planta rectangular de dos niveles, con cinco arcos en cada nivel y un aire de solemnidad y sobriedad. Con muros anchos y un terreno de más de 1.525 metros cuadrados, disponía una entrada principal de estilo gótico tardío con un arco, enmarcado por motivos ornamentales tallados en la piedra. Resultaba inimaginable para las jovencitas que los techos de madera y piedra caliza de una estructura tan importante se hubieran empezado a derrumbar. La familia Colón Toledo había habitado el palacio por tres generaciones hasta que fue saqueado por piratas, y desde entonces abandonado, ahora solo era el refugio de animales.

El joven Joaquín García, gallardo y elocuente, ayudó a descender del coche a su hermana, a Lucía y a Leonor, que había insistido en acudir al paseo matutino. Bajaron al final de la calle Las Damas y caminaron por la plaza que ostentaba su nombre por el reloj del sol construido al centro. El cielo estaba claro, y la vista al puerto indicaba que al menos un par de barcos atracarían en poco tiempo.

El hermano del medio de María del Carmen se había recibido de doctor en Filosofía, y a pesar de que llevaba menos tiempo en la isla que las hermanas Salinas, las había conocido ya y había hablado con ellas, aun así, pocas veces. Esa mañana llevaba una casaca azul, calzón del mismo color a la rodilla y calcetines blancos. Los volantes de tafetán azul oscuro en su camisa eran traídos desde la península, como toda la ropa de la familia del gobernador. Joaquín era el más tímido de los hermanos García, pero también era el más apuesto. Los ojos marrones almendrados, el cabello largo en bucles abundantes, atados en el cuello con una fina cinta negra, y su cuerpo esbelto y bien formado, distinto al de sus hermanos que abusaban de la comida y la bebida en cada oportunidad. Prudente y disciplinado, dedicaba largas horas al estudio y no quería un cargo militar como sus otros hermanos, que lo habían recibido sin haberlo ganado. Con veintidós años, era más maduro que la mayoría de jóvenes de su posición y no tenía intereses románticos aparentes, hasta que conoció a las hermanas Salinas cuando regresó de España.

El paseo dio inicio encaminando al grupo hasta el antiguo palacio de la familia Colón, atravesando el camino de la muralla donde todavía reposaban los cañones de guerra. Leonor y Joaquín iban delante, seguidos por María del Carmen y Lucía. Al pasar por el frente del Palacio de la Capitanía General, donde funcionaba la Real Audiencia, Leonor preguntó al joven García si ya tenía un empleo allí, como sus hermanos.

—No, señorita Leonor, desde mi regreso, me he dedicado a estudiar y escribir algunas reflexiones filosóficas. El mando militar no es mi pasión.

—¡Oh, de verdad! Me encantaría leer algo tuyo. Escribo a veces, ¿sabe? Pero sería una pretensión de mi parte pensar en que alguien quisiera leerlo, o más atrevido aún, ¡publicarlo!

— No debería ser tan desconsiderada con su propia creación. Sor Juana Inés de la Cruz publicó su comedia *Amor es laberinto* hace más de sesenta años. ¿Pudiéramos tener una Sor Juana Inés escondida en esta isla?

—¡Leonor en la vida religiosa! ¡Eso sí sería una comedia! —se burló Lucía.

—¡Oh no, hermana! La vida religiosa está reservada para las almas piadosas y compasivas, como la tuya —dijo mirándola con desdén.

—Nunca entenderé cómo pudieron salir ilesas del vientre de su madre. Si discutían allí con el mismo ardor que ahora, son afortunadas de estar vivas.

—¿Son ustedes, mellizas? Jamás lo hubiera sospechado.

—Así es. Algunas personas estamos destinadas a compartir mucho más de lo que se debería. Pero, volvamos a usted. ¿cuál es su pasión, señor García? ¿Escribir, acaso? ¡Claro, si no es un misterio! —le cuestionó Lucía, notando la mancha de tinta en sus dedos.

—Escribir es una de ellas, al menos. Es posible tener más de una pasión. ¿Cuál es la suya, señorita Lucía? La he visto rezar en la capilla de nuestra casa alguna vez, y la he visto bordar también, ¿Diría que es alguna de esas?

—Todavía no lo sé. ¿Es absolutamente necesario saberlo a nuestra edad? —respondió ella escudriñándolo con sus ojos inquisidores.

—Una mujer podría tener una pasión mucho más interesante, ¿no lo cree? Cantar, por ejemplo —reclamó Leonor, mientras sostenía su falda con coquetería y la hacía bailar.

—Ganarías algunos maravedíes cantando, Leonor —dijo Lucía en tono burlón.

—Algunas cosas no se hacen por dinero, querida hermana. Parece que es algo imposible de creer para ti. ¿Qué le parece a usted, señor García? ¿Puede la mujer tener una pasión divertida y no tan solo las tareas aburridas que nos imponen?

—Mi hermano piensa que el lugar de una mujer es la iglesia, y con sus hijos en casa. Es lo correcto —se adelantó María del Carmen orgullosa.

—De una mujer virtuosa, al menos —agregó él bajando la mirada, y todas guardaron silencio.

Las mujeres abrieron sus parasoles para protegerse, y las sombras de sus figuras se dibujaron inmensas sobre las piedras de la calle inclinada. De alguna manera, Joaquín había sustituido a María del Carmen y caminaba al lado de Lucía, discursando acerca de las historias que rondaban el palacio. Se quedaron solos detrás mientras las demás curiosearon en las escaleras laterales del palacio, con Juliana atrás de ellas. Cuando Lucía estuvo interesada, él le contó la leyenda de la prisionera del alcázar^[1]. Luis Colón, hijo de la virreina regente María de Toledo, se había enamorado de una doncella extranjera al verla descender por la rampa del barco en que llegaba. Se las arregló para encontrarse con ella en la oscuridad de la noche durante los festejos de la visita y se casaron ante dos testigos en la azotea del palacio con un ritual reconocido por la iglesia. Su madre no consintió el matrimonio y encerró a la mujer en un aposento del palacio haciéndola prisionera, hasta que fue sacada de forma clandestina, separándola de su amado. Lucía escuchaba la historia, y en cada nuevo giro se angustiaba más por el sufrimiento de los amantes.

—Es un amargo final para un amor verdadero. ¿Piensa usted que es posible enamorarse de tal modo que en una noche ya pueda saber, con certeza, que es algo para siempre?

—¿Podrían saberlo con certeza dos amantes que han pasado diez años comprometidos? El tiempo es un misterio inescrutable. Yo estoy seguro de que me encuentro ahora hablando con usted, pero no podría saber dónde estaré cuando las sombras ya no marquen las horas. Puedo adivinar, desear, incluso planear, pero no podré saberlo con certeza —agregó señalando al reloj de sol, ya perdido en la distancia a través de la plaza.

—Es preciso ser valiente para arriesgarse de aquel modo ante un desconocido. ¿Haría usted algo así?

—¿Enamorarme de manera repentina? ¿Entregarme a las llamas de una pasión sin medir las consecuencias? Tendría primero que saber si la dama lo merece. Pero estamos en épocas distintas. De aquello han pasado más de 200 años. ¿Usted? ¿Cree que existen esas pasiones que consumen todo a su paso? ¡Oh, debe perdonar mi pregunta! ¡En su caso sería imposible!

—¿Imposible, dice?

—Considerando, como me ha dicho mi hermana, que está usted destinada al convento, quiero decir.

—¡Oh! Pues no lo he decidido aún. Podría enamorarme, tal vez... si alguien me escribiera una carta antes. —Dijo esperando la reacción del caballero.

La conversación se vio interrumpida por el bullicio de un desfile militar en la cercanía. Las demás mujeres se acercaron quejándose del calor, y el grupo decidió que era el momento de regresar a la casa. Lucía vio, en el gallardo hermano de su amiga, un aura de misterio que despertó su curiosidad. Ella no había compartido con María del Carmen el contenido del poema que había recibido esa mañana, pensaba hacerlo cuando estuvieran solas en la noche, ahora se preguntaba si su amiga no tendría algo que ver en ello.

Capítulo 9

Durante la mañana del sábado, el coche había llevado a María del Carmen a su casa temprano, porque el gobernador y el vizconde estarían pronto de regreso. La casa se vistió de gala durante el almuerzo por la llegada y, más adelante, la celebración se transformó en frenesí y sorpresa cuando, ante el silencio en la mesa de comedor, doña Rosalía hizo el anuncio de que estaba encinta, y el rostro de su marido se iluminó como no pasaba desde hacía muchos años. La familia disfrutó en la intimidad del momento de festejo.

El vizconde se había resignado a no tener un heredero. Con cada embarazo de su mujer, la ilusión se había roto, y a pesar del amor que sentía por sus hijas, estaba convencido de que tendría que lidiar con pretendientes inadecuados y aquello lo desesperaba. Un hijo era la garantía de libertad de su patrimonio, y la esperanza de tener uno ya había sido abandonada por los años. Aquello era un milagro. Ella notó el brillo en sus ojos y sonrió como pocas veces, sería un año de espera para toda la familia, un niño renovarían el amor en toda la casa, pero al mismo tiempo alteraba los planes, ya no podrían volver tan pronto a Sevilla. Una vez pasada la euforia, el vizconde contó sus planes de llevar a cabo un baile para sellar la última proclamación del casamiento de Sofía. Sus negocios con el señor Alejandro Ramírez y el gobernador habían resultado en una gran ganancia para la Corona española, y sobran los motivos para celebrar.

—Podría ser una niña. Debemos estar preparados para que sea una niña.

—Querida, es un varón, puedo sentirlo.

—Josefa y Juana dicen que es un varón, pero aún faltan seis meses para que podamos saberlo con certeza.

—Si fuera una niña... tendría que ser monja igual que yo, ¿no es así?

—¿Qué quieres decir con eso, Lucía? ¿Tendría que ser? Hablas de ello como si fuera una imposición y no un llamado del Señor.

—¡Oh, madre! El Señor solo llama a las que no tienen dote, entonces.

—Leonor, tu insolencia es de verdad exasperante. Bien podrías compadecerte de mí por unos meses y no retarme en cada oportunidad. Tu hermana es devota por vocación, nadie la obliga a nada, ha nacido para el servicio a nuestro Señor y a la Virgen. Díselo tú misma, Lucía. No sé por qué te respondo, niña irrespetuosa.

—Leonor, por favor..., no hagamos un escándalo de cada comida. Acabo de regresar. Mejor hablemos del baile, es algo en lo que, por fin, todos en esta mesa estaremos de acuerdo.

—¿Lo haremos en la casa, padre? ¡Tendremos que invitar a todos!

—Sí, Sofía. Lo haremos aquí. Mi invitado de honor, el señor Alejandro Ramírez, vendrá también, lo haremos antes de que se vaya a Cuba. El gobernador y su familia, los amigos de siempre... unas cincuenta personas, diría yo.

—¡Oh, debemos tener cuidado de no hacerlo el mismo día que el baile del marqués de Ferrand! ¡Y de invitarlo, por supuesto!

—¿El marqués...?

—De seguro no ha habido tiempo de que te enteres, pero ha vuelto y hemos ido a cenar a su casa. Nos ha hecho jurar que lo repetiríamos a tu regreso y ha prometido un baile. Debemos ir. Se ha comportado muy amable. ¿No es así, madre?

—Quién te entiende, Sofía. Antes no querías nada que ver con él y ahora le tienes aprecio —

dijo molesta Lucía.

El vizconde, al escuchar el comentario de su hija mayor, cuestionó a su mujer en un murmullo poco perceptible, dirigiéndole una mirada preocupada.

—¿Ha vuelto? ¿Ha mencionado algo acerca de...?

—Nada. Nos ha visto a la salida de la iglesia y no he podido deshacerme de la invitación. Has dicho que teníamos que ser... corteses. Eso he hecho. El conde de Valette estuvo con nosotros en la cena, y el marqués se comportó amable con él. Parece estar... feliz —respondió ella hablando muy bajo, apenas para que él pudiese escucharla y cuidando que la servidumbre no estuviera cerca.

—Pueden dejar de murmurar. Tanto Lucía como yo sabemos que el marqués iba a casarse con Sofía, a pesar de que no nos diga nadie por qué abandonó sus pretensiones. Por lo menos es un caballero y se ha portado a la altura. Es aburrido, pero generoso, nos ha regalado libros y, en mi opinión, puede ser nuestro amigo. Cualquiera que me regale libros es mi amigo —dijo Leonor indiferente al reproche en la mirada de su madre.

—El marqués y Sofía eran amigos, nada más. Tal vez, en otro momento pensamos que era una unión adecuada, pero ahora que Sofía está comprometida con el conde de Valette, bien les haría no mencionar nada de eso. ¿Queda claro, Leonor?

El vizconde fue enfático en su pronunciamiento. Y la discusión se dio por cerrada. Juliana se acercó a la mesa para ayudar a su madre a retirar la vajilla al concluir el almuerzo y lo hizo en silencio, indiferente a lo que oía. Estuvo unos instantes más de lo necesario en el puesto de Lucía, a sabiendas de que no podía hablarle, pero el tiempo que permaneció fue suficiente para que ella comprendiera que la esclava tenía algo que decirle.

Cuando todos se retiraron para tomar la siesta, Lucía se encaminó a la cocina, asomándose en la puerta con timidez hasta que Juliana la viera. De inmediato se fue al patio y se quedó cerca del aljibe para esperarla. Cruzada de brazos, caminaba de un lado al otro, agradeciendo la sombra del árbol de mango que la cobijaba del sol del mediodía. Juliana tardaba y decidió sentarse en el muro de piedra de la pequeña fuente incrustada en una pared del patio. Pensó en el vestido que se pondría para el baile, y de pronto se le ocurrió que era la primera vez que se preocupaba por usar un bonito vestido. Juliana se acercó y la tomó desprevenida. La mulatica le entregó la carta y esta vez dijo algo antes de hacerlo.

—Si hay algo que quiera responder, debe darme la carta a mí, su merced. Yo veré que llegue a su destino —dijo, y le pasó el pergamino cilíndrico.

—Juliana, es muy importante que me digas quién te da estas cartas —respondió Lucía poniéndose de pie. Extendió la mano y escondió enseguida la carta en el bolsillo de su falda.

—Su merced sabe que no puedo decirlo.

—Puedo darte más maravedíes de los que te está dando él si me lo dices ¿sabes?

—Su merced, ni reales, ni maravedíes pueden comprar lo que no puedo vender, porque no lo tengo. Quien sea que las manda no quiere que usted lo sepa, y por la misma razón no me lo dirá. Pero puedo decirle dónde debo entregar una carta suya si es que escribe alguna.

—Está bien, Juliana. Te creo, tus ojos dicen la verdad y tu voz no tiembla. Te avisaré si quiero responder ¿sí? Ahora, déjame sola.

La jovencita se agarró la falda, miró a todos lados y se fue corriendo a la cocina. Lucía, en cambio, volvió a sentarse en el muro y sacó de su bolsillo la carta, miró hacia arriba para asegurarse de que nadie la estuviera observando desde el piso superior, pero al ver abierta la ventana de su aposento que daba al patio, se espantó y ocultó la carta otra vez. Entró a la casa y abrió con cuidado la puerta del gabinete de su padre en el primer piso, allí solía tener reuniones y

nadie entraba. Pensó que estaría tomando la siesta, así que, una vez dentro, cerró la pesada puerta de madera con cuidado de no hacer ruido, se sentó en la enorme silla detrás del escritorio y buscó la carta. Desató el sello y leyó en voz baja.

Amada Ana Lucía Salinas:

La tinta de mi pluma se sonríe

Al escribir su nombre cada día

De mis palabras solo no se fie,

Sin dudas que mi amor le juraría.

La dulce gracia de su voz serena

Se cuele por la brisa en mis jardines,

La veo bailar bajo la luna llena,

Llega hasta mí su aroma de jazmines.

Si puedo revelar mi sentimiento

Oculto tras la tinta de mi pluma

¿Podrá usted perdonar mi atrevimiento,

Y hablarme antes que el fuego me consuma?

Si quiere descubrir esta fachada,

En viernes, si es que asume esta aventura,

Encuéntreme antes de las campanadas

En el jardín oculto de los curas.

Suyo,

Un poeta enamorado

Capítulo 10

Las invitaciones al baile que se celebraría en casa de los Salinas ya habían sido repartidas. Las más distinguidas familias se darían cita en la fiesta en la que se esperaban unas sesenta personas. Músicos prestigiosos habían sido convocados a tocar. El domingo, después de la misa, el marqués de Ferrand había tenido la oportunidad de felicitar al vizconde en persona y estrecharon sus manos con más alegría que la última vez que se vieron, así que también era uno de los que haría presencia en la fiesta.

Angelique Saint-Hilaire ha recibido la invitación al baile, y mientras desayuna con el conde de Valette, discute con él sobre su mudanza a la hacienda Andiarena.

—He pensado marcharme a final del verano. Así podrán poner la casa a su gusto antes de la boda.

—Sigo pensando que es una mala idea. Si vivieras aquí con nosotros, Sofía tendría con quien hablar cuando deba marcharme a las fincas.

—Alonso, debes abandonar tus pretensiones de que todo siga igual. Tu responsabilidad ahora es con el título y no se te permite trabajar, solo gobernar tus tierras. Debes dejar que Manuel haga su trabajo, para eso lo has contratado, ¿no?

—Esto del título es una pura cortesía y lo sabes, en cualquier momento serán abolidos y todos seremos hombres iguales, allá en Francia y también en las colonias francesas. Hemos tenido que pagar los impuestos en Saint Domingue como cualquiera, y lo sabes.

—Pues esa cortesía de la que tanto te has quejado toda la vida te permite casarte con Sofía. No tendrás algunos privilegios, pero el más importante es que a tu futuro suegro no le interesa nada de lo que pasa en Francia y para él eres el conde de Valette, como siempre debiste ser.

—Si tenemos cuatro aposentos en esta casa y cada uno de ellos tiene su propio gabinete, ¿por qué debes irte a Andiarena? Siento que mi casamiento está quitándote algo a ti.

—Lo único que me quitas con tu boda, Alonso, es un peso de encima. No quiero repetir que me voy por mi cuenta. Sé que mi aposento se queda intacto en caso de que deba pernoctar en la ciudad, tal como haces tú ahora. Somos una familia y eso no cambiará, los muros no unen a las familias, Alonso, así como tampoco las separan. No quiero seguir discutiendo sobre lo mismo. Quiero que hablemos de esta fiesta. He conversado con Sofía, me ha dicho que su madre está encinta. ¿Te imaginas?

—Eso me ha dicho.

—Y... también me ha dicho que el marqués de Ferrand estará invitado. Me ha pedido que te convenza de que lo trates bien. ¿Qué le has hecho al pobre hombre? ¿No le debes más que agradecimiento y te comportas de manera grosera con él?

—¡Iba a casarse con ella!

—¡Y rompió su promesa para que ella fuera libre! No es alguien que deba provocarte celos, deberías besar sus pies. Irás a esa fiesta y te comportarás como un noble caballero que eres.

Alonso Romero, ahora el conde de Valette y prometido de Sofía Salinas, debía dejar su orgullo a un lado para complacer a su futura esposa, pero no había nada que no estuviera dispuesto a hacer por ella y ya lo había demostrado.

Mientras tanto, en la Casa Salinas, ese jueves la servidumbre adornaba el salón y preparaba los canapés, mientras las hermanas hablaban en la habitación de la mayor, preparándose con la

ayuda de Juliana. Sofía y Leonor tenían contexturas muy similares y compartían los vestidos, por lo que más de una pelea eran provocadas por la ropa. Lucía, con el busto menos pronunciado y de menor estatura, cosía los vestidos a su medida y no tenía que pelear por ellos.

—¿Trenzará su cabello como siempre, señorita Lucía?

—No, Juliana. Esta tarde quiere llevarlo en bucles, como Leonor.

—Y usará el vestido...

—Sí. El que te pedí por la mañana.

—Y, señorita Lucía —dijo bajando la voz—, ¿no tiene nada que darme? Debo llevar mañana temprano una respuesta.

Lucía sintió su corazón acelerarse, sus ojos brillaron de rabia y miró a la esclava apretando los labios. Tomó una bocanada de aire, infló su pecho y dijo en voz tenue: «Aquí no».

Al otro lado del aposento, Leonor buscaba dentro del cofre de joyas de Sofía un collar de perlas.

—Usaré la diadema de perlas, necesito tu collar.

—¿Quieres impresionar a Manuel? Ni siquiera lo hemos visto hace semanas. Tal vez no venga.

—¡Tiene que venir!

—Pues no lo sé, Leonor. Además, ya te he dicho que parece que coquetea con todas... No deberías tomarlo en serio. Angelique dice que es un «Don Juan», nos lo dijo desde la primera noche en que lo conocimos, ¿lo recuerdas?

—También dijo que es un caballero. ¡Vaya contradicción! Me da igual lo que pienses. Vendrá y bailaré con él.

Mientras las hermanas discutían sobre la conveniencia de cierto caballero, en el aposento de la vizcondesa también se hacían preparativos.

—El vestido verde olivo, Josefa. Es el más holgado. No le ajustaremos el fajín demasiado o tendré hervores toda la noche. ¡Tendremos que usar una bufanda de seda! ¡Esta criatura parece crecer en mis pechos y no en mi vientre!

—Sí, señora.

Pasaron algunas horas para que los invitados comenzaran a desfilar. El zaguán había sido preparado para la ocasión. La entrada de la casa de los muros rojos con cascadas de flores en los balcones se vestía de gala. Los músicos preparaban los violines y las guitarras mientras se repartían copas de licor en el salón. Las puertas del traspatio estaban abiertas y la noche respiraba festejo. El marqués de Ferrand entró con una amplia sonrisa en su rostro empolvado, saludó al vizconde y a su esposa en la entrada, y sus ojos dirigieron la vista al centro del salón. La vio de pie junto al conde de Valette y se apresuró a acercarse al grupo de jóvenes a saludar.

—¡Buenas tardes! ¡Qué gran placer volver a verlos!

—Marqués... —dijo el conde de Valette exagerando la cortesía e inclinando la cabeza

—¡Me alegro de que haya podido venir!

—No me lo perdería.

A seguidas, Angelique de Saint-Hilaire hizo su entrada, y Sofía se disculpó para ir con el conde a su encuentro.

—Señorita Lucía, nos encontramos de nuevo. ¿Y su hermana Leonor?

—La vi caminar al patio hace un momento, podrá saludarla cuando regrese. Por cierto, he terminado el libro. El que tuvo la gentileza de prestarme la otra noche.

—Es usted una lectora pronta. Puede regresar cuando quiera a buscar otro. Y... considere el anterior como un regalo.

—Se lo agradezco.

—¿Y qué hay de mi propuesta? ¿Ha pensado en ella?

—Su... ¿propuesta?

El sonido de los violines inició de pronto, y el salón se llenó de parejas. El marqués le extendió su mano, y unos instantes después, el vestido de flores púrpura y encaje dorado se balanceaba al ritmo del vals con sutileza. Su largo cabello rubio estaba suelto en bucles en su espalda, y una diadema de encajes púrpura con hilos dorados adornaba su cabeza. El corazón le latía con fuerza, y el crucifijo en su pecho se adhería a su piel por las pequeñas gotas de sudor que comenzaron a salir.

—¿Propuesta? — dijo ella con la voz quebrada.

—¿Cómo dice? ¡Los violines están muy cerca, no puedo escucharla!

Ella desistió de la conversación, y continuaron bailando hasta el final de la pieza. Una vez que terminaron, el marqués persiguió a un sirviente para quitarle un par de copas de vino y regresaron a una esquina, para sentarse en las banquetas vacías.

—¿Intentaba usted decirme algo! Deberá perdonarme, no soy un gran bailarín, como ya sabe, he practicado, pero no puedo hablar y bailar a la vez, creo que esa ha sido siempre la fórmula de mi fracaso, hablo demasiado. Desde ahora, practico no hablar mientras bailo. Espero que haya sido útil el silencio, para sus pies.

—No me ha pisado, si a eso se refiere.

—¿Eso ya es una mejoría!

Ambos rieron y el sonido de los violines continuó. La familia del gobernador hizo su entrada al salón, y Lucía agitó la mano en respuesta al saludo de su amiga María del Carmen, que se dirigió a ellos una vez que saludó a los anfitriones. Antes de que estuviera cerca, Lucía se apresuró a recuperar la pregunta que le hiciera el marqués.

—Antes me preguntó si había pensado en su propuesta... ¿a qué propuesta se refiere?

—¡Oh, eso! Le pedí que reflexionara sobre el amor a un desconocido, si sería capaz... ¿ha pensado en ello desde entonces?

Lucía no tuvo tiempo de contestar, pues María del Carmen y su hermano Joaquín se habían acercado a saludar, y Leonor había aparecido desde el patio al verlos llegar. Todos dieron los saludos de cortesía y siguieron conversando acerca de las buenas noticias que motivaban la velada. Un nuevo baile dio inicio, y al ver a su hermana mayor bailando con su prometido, Leonor abordó a Joaquín.

—¿No baila usted, señor Joaquín?

—Siempre que puedo, señorita Leonor. ¿Tal vez me puede reservar una pieza después de que baile con su hermana? —contestó, y a continuación extendió su mano a Lucía, que no salía del asombro por lo que acababa de ocurrir.

Leonor resopló para sus adentros, fingió una sonrisa, ajustó la cinta de su vestido blanco y pronunció un modesto «por supuesto». El marqués observó la escena con incomodidad mientras Lucía se alejaba hacia el resto de las parejas con su nuevo acompañante de baile. Tenía en las manos su copa y la que le había dejado ella para marcharse a bailar con Joaquín. Leonor y el marqués se miraron y ninguno se atrevió a decir nada. Se limitaron a escuchar la música, que se desprendía incesante de violines y guitarras. Las risas emanaban de las parejas que, a diferencia de ellos, estaban disfrutando el festejo.

Primero el vals, luego la contradanza; de pronto, la única que no bailaba era Leonor. La viuda Saint-Hilaire de Valette la vio al pie de la escalera, pensativa, sentada en una banqueta solitaria.

Se acercó con una sonrisa sencilla, no quería incomodar a su amiga.

—Querida Leonor, ¿no bailas con Manuel esta noche?

—Pues como puedes ver, Angélique, Manuel ha conseguido una pareja más adecuada que yo.

—Supongo que no ha tolerado que quieras provocarle celos con el hijo del gobernador. Te ha pagado con la misma moneda. María del Carmen es una joven hermosa y conoce a Manuel desde que eran solo niños. Tal vez no sea nada, pero si de verdad te interesa él, no deberías coquetear con otros, lo desalentarás. Los hombres suelen desalentarse muy fácilmente con estas cosas, y él no es la excepción.

—Me pides que no lo desaliente. Pensé que tenías a Manuel como un irremediable conquistador.

—¡Claro que lo es! Solo una mojigata como María del Carmen no lo notaría. Tú sabes bien que tengo razón, en el fondo eres igual que él, Leonor, y por eso no serían felices nunca ustedes dos. Pero siempre puede una divertirse un poco, ¿no te parece?

—¿Soy una conquistadora, entonces? ¿Debería ofenderme?

—Eres fiel a tu esencia, Leonor. Una mujer debe ser quien es, sin importar las consecuencias. Tú me recuerdas a quien debí ser a tu edad. Pero me casé escapando de mi madre. ¿Puedo darte un consejo? No intentes escapar de tu madre, no si eso significa sacrificar quien eres. ¿Ves a tu hermana Lucía? Quiere ser una mojigata... como María del Carmen, porque eso es lo que le han impuesto, pero baila tan bien como tú. Supongo que ustedes dos no son tan distintas después de todo. ¿Quién lo diría? Unas mellizas que se parecen mucho...

Leonor escuchó a su vecina con paciencia, porque le guardaba cariño. Vio la escena en el baile, una fila de hombres y otra de mujeres al frente, las faldas se desplazaban rítmicamente, las zapatillas de seda con brocados en oro marcaban los pasos en los mosaicos amarillos con diseños rojos en forma de flor. Sus dos hermanas bailaban mientras ella las observaba desde una esquina, una escena que nunca habría protagonizado en Sevilla. En la isla, algo había cambiado. Ya nada era igual que antes.

Capítulo 11

En la casa Salinas, del baile solo ha quedado el desorden que los sirvientes se afanaban en limpiar. Lucía es la única que se ha levantado temprano, se ha lavado la cara en la pileta de su aposento y aprovecha que su hermana duerme para bajar al gabinete de su padre y escribir una carta. Después de haber bailado la mitad de la noche con el marqués de Ferrand y la otra mitad con el hijo del gobernador, sigue incrédula ante el cambio de los eventos en la isla, que parecía traer más sorpresas con cada secreto revelado. No quería adivinar quién enviaba las cartas, pero tanto el marqués como Joaquín la trataban con absoluta deferencia y durante la noche habían competido a campo abierto por su atención. Estar en el puesto de la más codiciada era una sensación desconocida porque siempre había sido el lugar de su melliza, que ahora dormía ignorante de lo que ocurría, con la misma elegancia con la que había tolerado el abandono de Manuel durante el baile.

Manuel González había conversado con su hermana al principio de la fiesta, pero desde que María del Carmen apareció en la casa, la hija del gobernador se convirtió en su centro de atención ante la mirada perpleja de Leonor, que ardía de rabia ante los desplantes que no cesaban esa noche. «Ha sido el peor baile al que he ido en toda mi vida», dijo cuando estuvieron solas en el aposento entrada la madrugada. Su melliza la escuchaba, pues para ella había sido la mejor noche de toda su vida. No uno, sino dos caballeros luchando por bailar con ella, que apenas si podía bailar el vals con dificultad.

Cuando Lucía bajó a encerrarse en el gabinete de su padre, se encontró con Juliana, que arrastraba somnolienta los pies mientras ponía velas nuevas en los candelabros.

—Juliana. Buenos días... te daré algo en un momento para que vayas a entregar.

—Sí, su merced. Se ha despertado temprano. ¿No está cansada?

—Muy cansada, Juliana, me duelen como nunca antes los pies. Pero no me importa. ¿Sabes por qué? Porque no había sido así de feliz en mucho tiempo.

—¿Esa música le ha hecho feliz? ¡Tendría que bailar el fandango para serlo aún más! ¡O la calenda!

—Enloqueces, Juliana. Esos bailes perversos no serían permitidos nunca en esta casa. Pero, quién sabe... Siempre he querido ir al parque a ver esas danzas tan alegres que hacen ustedes.

—Su merced puede venir conmigo un día...

—Tal vez lo haga. Escucha bien, llevarás esto que te daré, y esta tarde irás conmigo al convento, ¿me escuchaste?

—Sí, su merced.

La carta llegó a su destino. La suerte estaba echada; y Lucía, durante todo el día, apenas podía contener la emoción de descubrir si se trataba de Joaquín García o quizás de algún otro caballero prendado de ella. Por primera vez en su vida se sintió vanidosa y no le preocupaba en lo más mínimo hacer la confesión. Su madre había tenido una recaída en los malestares por haber comido de menos o de más, no lo sabía con certeza, pero el vizconde había abandonado su dormitorio particular para acompañarla en el de ella todo el día. Cuando Lucía salió a la capilla de la Tercera Orden, nadie en la casa se fijó en su destino.

Se cambió con un vestido blanco de volantes que se repetían desde la cintura y hasta la rodilla. Se peinó con una trenza larga, tal como hacía para la misa, y se puso un mantón negro con flores

rojas bordadas en todo el derredor y borlas doradas en las esquinas. Un fajín negro en la cintura y un pequeño sombrero del mismo color. El rosario de cuentas violeta en el pecho —nunca se lo quitaba—, un bolso donde guardaba su Biblia y un Catecismo que no usaría esa tarde. Se encaminó con el corazón en los labios, apresurada a tal punto que Juliana debía dar saltitos para alcanzarla de vez en cuando. En solo minutos estuvieron en el frente de la iglesia de los Dominicos, y mientras Juliana tomó el bolso con la Biblia y entró a la iglesia, Lucía giró para ingresar en el jardín trasero de la capilla. El trinar de los pájaros llenaba la tarde de verano, y el calor de la caminata no pareció asfixiarla. Se sentó en un banco de piedra vacío, frente a la fuente del parquecito, donde a pocos pasos un pequeño huerto de hortalizas comenzaba a germinar. Las campanadas del ángelus no tardaron en hacerse oír, y una voz conocida, a su espalda, le habló cuando las campanadas cesaron. Su corazón, que ya latía aprisa, parecía salir a través de su piel.

—Debo admitir que estuve a punto de creer que no vendría. Ha esperado hasta el último instante para contestar —dijo el hombre con voz melodiosa, de pie tras ella.

—¿Usted? —Lucía respondió sin voltear, sonriendo para sí con sorpresa.

—¿Decepcionada?

—Asombrada.

—Me alegra que pueda reconocer mi voz. No le soy indiferente, entonces. ¿Va a voltear o seguiré contemplando su trenza?

—¿De verdad es usted? Temo que si volteo pueda ser alguien más, con una voz parecida o intentando imitarlo.

—Soy solo yo, señorita Lucía. Tal vez deba dejarme ya de misterios y rodear el banco. Prometo no sentarme a su lado.

Lucía apretó los labios con sus dientes, no podía ocultar la sonrisa, pero intentó parecer seria ante él. Se paró y arregló su falda, cerró los ojos, pensó un instante y los abrió de nuevo, giró sobre sus pasos y puso una mano en su estómago, intentando retener el corazón que parecía haber ido a parar allí en uno de sus saltos. La sonrisa la traicionó y brillaba al igual que sus ojos.

—Luce tan hermosa como siempre.

—Gracias... Es, como siempre, usted muy amable.

—¿No dirá nada?

—¿Qué quiere que le diga? Es usted quien tiene mil cosas que decir. ¿Por qué no ha firmado las cartas? ¿Por qué no decirme a la cara todo eso que ha escrito?

—Porque ha empezado hace mucho y solo me atrevía a escribirlo, he tardado bastante en enviar esa primera carta, la que escribí mientras la tempestad se blandía indómita sobre la ciudad. Debo confesar que no verla solo ha acrecentado mi amor. Si antes lo guardaba discreto dentro de mi corazón, ahora parece desbordarse por mis ojos, que se iluminan al verla; las yemas de mis dedos, que arden por tocarla y deben conformarse con escribirle. La comisura de mis labios, que se arquea enseguida si la pienso...

—¿Qué haremos ahora? —lo interrumpió al sentir que, si continuaba hablando de aquel modo, se colgaría de sus brazos y lo besaría sin remedio.

Con cada palabra que el hombre pronunciaba, una caricia invisible se posaba en el cuello desnudo de Lucía, que hizo un esfuerzo por parecer inalterable. El cielo azul sobre sus cabezas comenzó a teñirse de rojo anaranjado, anunciando el final de la tarde.

—¿Mantiene su interés en el convento? ¿Es esto un amor imposible? ¿No prolongue mi angustia y dígame si ha venido aquí con la intención cruel de desanimarme o si me alentará antes de arrepentirse!

—Tiene poca confianza en el amor para ser un poeta enamorado... Le confieso que no lo sé. Vine por curiosidad. No negaré que me entusiasma que sea usted y no otro. Tampoco negaré que me entusiasma mucho menos que antes el convento, pero no sé si mi padre lo aceptará.

—¿Es acaso por él? Debí saber que no bailaba con ese hombre anoche por pura cortesía.

—Puedo bailar con quien me plazca, lo sabe, ¿no?

—Entonces, es cierto, hay un destello en sus ojos cuando él le habla. Debí saberlo...

—No estoy comprometida con nadie, si a eso se refiere.

—¿Entonces, lo pensará? Podemos escapar juntos... irnos lejos...

—¿De qué habla? ¡Ha enloquecido por completo!

—¿Qué es el amor sin un desafío? Este jardín no luciría tan hermoso sin las raíces rebeldes que insisten en escapar por encima de los muros.

Lucía se echó atrás, cruzándose de brazos. Se alejó de él con el espanto de una presa huyendo del cazador y abrió sus ojos claros con toda la fuerza de la que sus párpados eran capaces. Él intentó acercarse, pero si daba un paso, ella daba dos hacia atrás.

El poeta se quitó el sombrero, movió los labios como quien se prepara para pronunciar un gran discurso, pero una puerta de madera se escuchó crujir en la distancia y comenzaron a salir personas de la capilla. Lucía se separó un poco más de él y habló con voz firme.

—Debo regresar. Si tiene algo más que decir, hable con mi padre. No me es indiferente, lo confieso, nunca me ha sido indiferente, pero si quiere volver a hablar conmigo no será a escondidas. No leeré más cartas tuyas, sin secretos. Puedo renegar de la iglesia, pero nunca renegaré de mi honor. ¿Lo ha entendido?

Lucía entró a la capilla, mirando al hombre de reojo. Estaba feliz y enojada al mismo tiempo, no sabía cuál de los sentimientos la agobiaba más. Se quitó el rosario del cuello, lo envolvió en su mano y se sentó en el primer banco al lado de Juliana, que esperaba paciente. Comenzó a rezar con los ojos cerrados... no podía recordar ninguna oración, pero rezó de todas formas.

Capítulo 12

Las flores que abren sus botones están por todas partes, y una pequeña fuente de la que no brota agua se luce en la pared trasera. Un camino de piedras y ladrillos, que simula un círculo, se extiende por todo el patio, y dos árboles altos dan cobijo a los bancos de piedra situados en el centro. Atravesaron el sendero, y ella descansó su cuerpo en el muro del pozo cubierto de follaje. La pequeña capilla de la casa García, al lado de la casa principal, resuena sus campanas con el escándalo acostumbrado de cada tarde, y las jovencitas conversan en el enorme patio, ajenas al ruido.

—¿Has decidido? Ha pasado una semana ya desde que lo viste. Tal vez querrá una respuesta, ¿no lo crees?

—¿Crees que hay algo que pensar en todo esto, María del Carmen? Es un escándalo digno de Leonor. Nunca haría tal cosa. ¡Fugarme! Es una absoluta locura.

—A mí me parece impensable. Pero todo ha sido tan misterioso que incluso es romántico.

—Aquí viene tu hermano. Mantén la boca cerrada o pagarás las consecuencias.

Joaquín García se acercó con sigilo. Sus cejas pobladas se curvaron cuando vio a Lucía Salinas sentada en su patio. Se aclaró la voz antes de interrumpir la conversación.

—Buenas tardes, señorita Salinas. No sabía que nos acompañaba.

—Buenas tardes. Ha sido un imprevisto, mi visita. Lamento haberle causado una sorpresa con mi presencia.

—¡Oh, no me malinterprete! Su presencia es más que bienvenida en esta casa. Disculpe si mi tono ha indicado lo contrario. María, nuestra madre te necesita en su gabinete cuanto antes, hay un broche que no encuentra. Puedo acompañar a la señorita Salinas mientras regresas.

María del Carmen entornó los ojos y se fue a la casa, dejando solos a Joaquín y Lucía. Él la miró, ataviada con su vestido de muselina blanca, suspiró de forma breve y se acercó al banco de piedra donde ella estaba sentada.

—Debo confesar que ya mi madre ha encontrado el broche. Pero no iba a perder la oportunidad de mortificar a María y de quedarme a solas con usted.

—Es un hermano despiadado.

—¿Por eso no merezco su piedad? Podría jurar que no tiene compasión de mí y de mis sentimientos.

—¿Ha venido usted para esto? ¿Por eso quería quedarse a solas conmigo? Le recomiendo que aproveche mejor su tiempo y hable claro.

—Es usted mucho más madura que mi hermana, pese a que tienen prácticamente la misma edad. Señorita Lucía, su compromiso con la iglesia se extiende más allá de los hábitos, ¿no es así? La otra noche, mientras bailamos, me dio la impresión de que disfruta del baile más de lo que se atreve a confesar.

—¿Siempre pide tantas explicaciones? Es usted un manojo de preguntas. Quiere saberlo todo de mí, pero no revela nada acerca de usted. ¿No se cansa de ser siempre tan misterioso?

—No guardo ningún misterio, soy transparente como el agua del más claro manantial. Pero hay cosas que es mejor guardarse para uno mismo. Podría pedir permiso para visitarla en su casa y que pudiera entonces preguntar lo que quiere saber.

—¿Por qué cree que me interesa saber algo sobre usted?

—Ya sabemos los dos que no le soy indiferente. Pero puedo conquistarla si eso quiere, es encantador que se haga la difícil. Debe ser extraño para usted que alguien como yo, que puede tener a cualquiera, la pretenda.

—Se tiene en alta estima. Cuando lo conocí me pareció más bien tímido, pero por lo visto no era más que engreimiento. Puede ahorrarse la visita a mi casa, señor García, no busco escapar del convento, y le prometo que me importa muy poco que me pretenda. Por mí podría usted pretender a cualquiera, su carácter revela más que un motivo para huir de usted antes que correr a sus brazos. Es una pena que desperdicie esos halagadores ojos suyos en miradas condescendientes. Si mira a su alrededor, notará que no es superior a nadie, ¿se cree mejor que sus hermanos? Debe demostrárselo a usted mismo, no a mí. Si me disculpa, creo que entraré a la casa, de pronto no me siento en la mejor compañía.

Lucía respiraba de forma agitada. Una mezcla de rabia y deseos de llorar se había apoderado de ella. «¿Quién se cree?», repetía en voz alta cuando en su camino hacia el salón tropezó con María del Carmen, que bajaba las escaleras apresurada.

—¿Adónde vas con tal celeridad? ¡Ya estoy de regreso!

—Me iré caminado a la casa, María del Carmen.

—¿Sola? ¡Te has vuelto loca! Si tienes que irte, Joaquín te acompañará con el cochero.

—¡No! No es necesario. Son solo unas calles, llegaré antes del anochecer.

—¡Yo la llevaré! —exclamó Joaquín, que había seguido sus pasos a corta distancia y estaba detrás.

Lucía guardó silencio, bajó la cabeza y resopló con furia acumulada. Era lo que menos necesitaba, pero la alternativa era hacer una escena y exponer su molestia. Optó por callar y salir obediente seguida por él. Cuando estuvieron en la calle, Joaquín le abrió la puerta del carruaje dorado y rojizo, le dio su mano para ayudarla a subir; ella sintió el calor que emanaba de él y supo que, tal vez, estaba tan enojado como lo estaba ella. Subió los escalones sosteniendo su falda y se sentó en el mullido asiento de cuero rojo. Él se ubicó frente a ella y la miró en silencio por unos minutos antes de hablar. El sonido de las herraduras recién pulidas se filtraba como música por las ventanas abiertas del coche.

—Parece que la he ofendido con mis palabras.

—Se ofende a sí mismo con ellas. Preferiría no hablar con usted, si le parece bien. Considerando que es tal honor que me dirija la palabra, usaré mi derecho a rechazar el privilegio.

—Para ser una futura monja es usted, de alguna manera, irreverente. Me hace cuestionar mis sentimientos y además derriba la imagen que tenía de su persona. La consideraba una mujer sumisa y adecuada, pero veo que es tan rebelde como su hermana Leonor.

Ella guardó silencio, y él continuó en un monólogo que se prolongó hasta que el coche se detuvo en el frente de la residencia Salinas.

—No dirá nada, entonces. Lo respeto, pero debe saber que estaba preparado para pedir su mano al vizconde. Reconozco que no dispondrá usted de una gran dote por ser la menor de sus hermanas, pero nuestras familias se aprecian y estaba en la disposición de casarme con una de ustedes, como ha sugerido mi padre cuando regresé de España. A él irrita que mis hermanos ya se hayan comprometido y que yo no encuentre adecuada a ninguna mujer. Usted tenía impresionantes cualidades, pero la humildad, que daba por sentado, no ha de ser una de estas.

—¡Humildad! ¡Humildad, dice! ¡Es por demás simpático que exija en otros una virtud que no está dispuesto a cultivar!

—¡Oh! ¡He merecido que me hable! Tal vez no todo está perdido...

—¡Oh, señor Joaquín, puedo darle la mayor de las certezas de que todo está perdido! Por fortuna, para usted no seré más que otra mujer inadecuada, y para mí no será usted más que otro caballero petulante. ¡Buenas tardes!

La puerta del coche se abrió y Lucía Salinas descendió orgullosa sin mirar atrás. Las lágrimas se agolparon en sus mejillas y corrió a su habitación cuando el mayordomo abrió la puerta. Leonor escribía en el pequeño escritorio del gabinete anterior al aposento y se espantó al verla entrar con tal impetuosidad. Notó que lloraba y sintió una punzada en el corazón. No era momento para ser la hermana molestosa que siempre era. La vio arrojar en la cama y acurrucarse con los zapatos puestos y tuvo deseos de abrazarla y llorar con ella. Dejó el papel y la pluma sobre el escritorio, fue a la puerta, la cerró con el postigo y volvió en sus pasos para sentarse al pie de la cama. Comenzó a quitarle los zapatos mientras le hablaba con voz dulce.

—¿Has peleado con María?

—¡Déjame en paz, Leonor!

—Lucía, puedo sentir en mi corazón cuando estás triste. Cuando entraste solo empeoró mi estado de ánimo que ya estaba hundido en las más oscuras tinieblas, por si no lo sabías. Sofía se irá, y pronto solo quedaremos tú y yo para acompañarnos. ¿Debo insistir para que me digas lo que sucede?

—¡No lo comprenderías! ¡Tú nunca podrías comprenderlo!

—¿No quieres contarme? ¿Crees que no tengo mis propios problemas? Tal vez no son iguales que los tuyos, pero son problemas también. Ya ves como Manuel se ha desinteresado tan pronto de mí, y Sofía es el centro de atención. Pronto estaré caminando contigo y las monjas de Santa Clara...

—¡Monja! ¡Es todo lo que piensas que puedo ser, tal vez no quiero serlo!

Leonor arrugó la frente y guardó silencio. El toque de la puerta la distrajo y corrió a abrirla antes de que notaran los postigos puestos. Se encontró con Juliana de frente, que llevaba en la mano una carta. La mulatica abrió sus ojos y boca a la vez, escondió de pronto el papel en su espalda, pero ya Leonor lo había visto.

—Me dijeron abajo que subió la señorita Lucía.

—¿Qué traes ahí? ¿Es para ella? ¡Entrégamelo, yo se lo daré!

La esclava permaneció inmóvil y sus labios temblaron pronunciando un reprimido «!no!».

—Juliana, dame eso.

—¡Pero es de la señorita Lucía!

Leonor la miró con severidad, dio un paso adelante a punto de quitarle el papel y la mulatica suspiró decepcionada, bajó la cabeza y extendió la mano con la carta. Susurró de nuevo: «Es de la señorita Lucía...», dio media vuelta y bajó las escaleras de piedra corriendo. El papel amarillo envuelto con delicadeza en un rollo atado con hilo rojo estaba lacrado con cera roja. Leonor lo sostuvo y lo observó con curiosidad cuando la voz de Lucía, de pie detrás de ella en la puerta, la sorprendió.

—Te ha dicho que es mío.

—¿Quién te envía esto? —la interrogó su hermana sin soltar la carta. Cerró la puerta con postigos otra vez y se sentó en la cama—. ¿Es por esto que estás actuando de forma extraña, Lucía? ¿Quién te ha enviado esto?

—¡Dámela! ¡No es tu problema! —dijo y se sentó en la cama, a su lado, intentando quitarle la carta que Leonor levantaba en el aire.

—Si quieres leerla, debes contarme todo. No quiero ser entrometida, Lucía, pero eres una ilusa

en estas cosas; si hay alguien tratando de aprovecharse de tu ingenuidad, es mi deber protegerte. ¿De qué se trata esto?

—¡No tiene importancia, Leonor! ¡Dame la carta! —repitió ella, y sus ojos brillaron cual esmeraldas; las lágrimas se volvieron a agolpar en ellos derramándose sin compasión por sus mejillas, arrastrando el adarce del llanto anterior.

Leonor se estremeció y, con voz temblorosa, le habló, dejando salir toda la franqueza que albergaba en su corazón.

—Ana Lucía, hemos estado juntas desde el vientre, he curado tus rodillas raspadas y tú me has protegido de mis peores instintos. No sé lo que te pasa, pero no voy a dejarte sola con lo que sea que te provoca tan amargo sufrimiento. ¡Te suplico que me lo digas y te prometo que no diré nada y que voy a ayudarte!

Leonor lloró a lágrima viva y abrazó a su melliza, que sollozaba desconsoladamente. Permanecieron juntas allí, en silencio, un momento, hasta que la noche entró por las ventanas y quedaron sumidas en la oscuridad.

Capítulo 13

La mañana se despertó nostálgica en la casa inmensa del balcón corrido, el marqués de Ferrand se sentó en el escritorio de su biblioteca, desanimado, sintió deseos de abrir una botella de vino antes del almuerzo, pero se arrepintió instantes después. Su administrador recién se había marchado llevándose con él la esperanza de mejores noticias sobre sus propiedades en Saint Domingue. Tomó papel y pluma y escribió una carta.

Querida madre:

Me alegra tener noticias tuyas y saber, por su última carta, que mis hermanas siguen creciendo en alegría. Llegaré a tiempo para celebrar los esponsales de Emilie, zarparé en unos días, no se preocupe demasiado por ello, conozco mi responsabilidad como su tutor y no fallaría jamás a mis hermanas, no si depende de mí que puedan ser felices. Solo espero que la situación de los departamentos no retrase mi arribo a Champagne. Todo este asunto de la revolución parece haber llegado a Saint Domingue, y ahora los esclavos se levantan en rebeldía. Era de esperarse, la colonia más rica de Francia y todo a costa de la explotación de hombres iguales a nosotros. Si la libertad fuera una virtud tendrían derecho a ella sin exigirla, pero bien sabemos que es un privilegio negado a algunos, y por injusto que pueda yo creer que sea, no puede construir el verano una solitaria golondrina, me atacarán de todas formas solo por mi color, y es mejor que parta antes de que los eventos se vuelvan sangrientos. Me encuentro en desventaja evidente en la isla, y las virtudes de la nobleza no son más que una carga innecesaria ahora, de impuestos por un lado y de amenazas constantes por el otro, si piso Saint Domingue. De todos modos, pagar impuestos por las tierras de aquí y las de allá se ha vuelto insostenible después de la última tormenta y he tomado una decisión.

Del lado Este todo transcurre sin novedad, pero los negros se han sublevado a las montañas y no tardarán en ocupar también las villas más cercanas a la frontera en el norte. Estimo que todo se saldrá de control en menos de un año y la colonia española pagará las consecuencias. Ser un hombre blanco y, aún peor aún, marqués, no importa que esté a favor de la más noble causa, me exterminarán en la primera oportunidad. Sabe que he dado la libertad a más de un negro, pero el administrador se niega a liberar a nuestros esclavos de las plantaciones y pagarles, ha condicionado a ello su trabajo y no he sido capaz de convencerlo. Liberé hace tiempo a los que tengo a mi servicio en la propiedad que he arrendado desde que me instalé en Santo Domingo, pero la fidelidad que han demostrado no es suficiente para el administrador, que insiste en que no hay una forma distinta de hacerlo. Se han escapado algunos y se han muerto otros, esta horrible responsabilidad me agobia y ya no puedo ser indiferente, madre. Temo que esta isla encantadora se convierta, en unos años, en un territorio de guerra, no tengo la madera para ello y he decidido vender el mayorazgo de Saint Domingue por completo, pero también las tierras al sur de Santo Domingo. Otro planteur ha aceptado darme un precio justo, esperaba más, pero dadas las circunstancias es como vender una maldición, y me siento culpable.

Acabo de cerrar el trato, y a pesar de que no ha sido tan conveniente, es suficiente para que regrese a Champagne y continuemos cultivando las tierras que nos quedan allá, podría traer a América nuestros vinos y venderlos aquí, si este asunto termina bien. No estoy dispuesto a seguir siendo parte del problema.

Madre, sé que la he mortificado enormemente cuando he mencionado en mi carta anterior mi cambio de opinión sobre el matrimonio con la hija del vizconde, pero tal vez no deba romper del todo la promesa de mi padre, creo que hay una oportunidad de mantenerla. No quiero darle falsas esperanzas, yo mismo no albergo tales, pero es una promesa, haré todo lo que pueda por conseguirlo, de lo contrario podría no necesitar que se subleven los esclavos para morir de pronto, el dolor me matará antes.

He comenzado a planear mi regreso, le escribiré de nuevo con el informe de mi barco.

Jean Pierre

Dobló a prisa la carta, la colocó con cuidado en un sobre y derramó con cuidado la cera escarlata para lacrarla con su sello circular. Se recostó en la enorme silla de caoba y miró a su alrededor. Dentro de poco debería abandonar la ciudad. La casa de campo en el sur, donde había

pasado todo un mes, ya había sido vendida, junto con las tierras donde antes cultivaba sus uvas. El resto de las haciendas en Saint Domingue, en unos días serían transferidas a su nuevo dueño, un poderoso hatero criollo que ya había comprado más de una plantación de azúcar. Había ahorrado lo suficiente para retornar a su patria. Solo había un detalle pendiente por arreglar. El marqués de Ferrand no tenía temor de desprenderse de los hatos, de los libros, del dinero, de su título, si fuera necesario. Sin embargo, el pecho le dolía cuando pensaba en la sola posibilidad de tener que renunciar a ella. Se puso en pie y recorrió la biblioteca despacio, se detuvo en el primer pasillo en frente del estante, esperando tocar los mismos libros que ella había tocado esa noche y sentir el perfume a jazmín de sus cabellos suspendido en el aire. Había pasado una semana ya, y la preocupación por sus palabras lo hundía en un abismo de indecisiones y desvelos. Volvió al escritorio, tomó la pluma y comenzó a trazar la silueta de su rostro. Dibujó la nariz aguileña y los ojos claros repletos de pestañas, trazó sus labios finos y ligeramente torcidos hacia la derecha, cuando sonreía. El serpenteo en su trazo delineaba los bucles abundantes y el redondeo daba forma a las cuentas del rosario... no contó las cuentas, solo las hacía como si estuviera rezando las avemarías cada vez, en silencio y con calma infinita. Cuando delineó el crucifijo, la melancolía se apoderó de él y soltó la pluma, derrotado. Tomó el papel en sus manos y observó el resultado final. Un dibujo no era suficiente, podía recordar cada detalle de su rostro, cada pliegue en su expresión, podía escuchar su voz sin que le hablase y sentir su roce sin que lo tocase. No estaba allí, pero no era necesario; con solo pensarla, ella lo inundaba todo, y entonces él ya no podía respirar. Hacía el esfuerzo de no pensar en ella en todo el día, y en la mayoría de las veces lo conseguía, pero cuando no, como en ese instante, una sensación de vacío lo llenaba y era incapaz de deshacerse de aquello. Colocó un nuevo papel y empezó a escribir otro poema, era lo único que aliviaba el ardor en su alma. Recordó la advertencia de ella, pero él no tenía tiempo para simplezas terrenales, la amaba y debía marcharse a Francia pronto, esta vez no regresaría a la isla, no sin un motivo.

Amada Ana Lucía Salinas:

El cauce de mi río se desvanece,

La voz que le da vida se ha callado,

Con cada día mi tristeza crece,

Por no tenerla a usted aquí a mi lado.

La bruma de la noche me desvela,

Y cubre mis mañanas y mis tardes,

Ya no puedo esperar, mi alma la anhela,

Me duele el corazón. ¡Mi cuerpo arde!

Es inminente mi triste partida,

Le ruego, por favor; venga conmigo,

Será usted responsable de mi vida,

¡Le juro amor! ¡Qué sea Dios mi testigo!

La esperaré de nuevo, igual que antes,

En el mismo jardín, la misma hora,

Mañana, seguiremos adelante,

O moriré de amor si se demora.

Suyo,

Su poeta enamorado

Envolvió en un cilindro la carta y cortó un trozo de hilo rojo. Lo ató con un lazo firme y derramó un poco de cera para sellarlo como siempre. Llamó a su ayudante a viva voz y se la entregó. «Enseguida, hoy mismo debe recibirla.». El hombre se marchó, y él volvió a reclinarsse en

el respaldo. Tomó en las manos el dibujo que hizo antes y lo observó con cuidado, cerró los ojos y la imaginó bailando con él en el salón.

Capítulo 14

Su hermana encendió con cuidado las velas y el aposento se iluminó. Las paredes de piedra atrapaban los recuerdos de los meses vividos en la isla y resguardaban los secretos que los corazones se esmeraban en ocultar. Lucía se asomó por la ventana y vio a su hermana mayor sentada en el patio con su prometido, algunos estaban teniendo un buen día.

Los sirvientes encendían las teas, pero la luna llena ya aparecía en el cielo con su luz plateada derramándose por todo el jardín. Dejó abierta la ventana de madera, secó sus lágrimas y esperó a que Leonor secara las suyas y sonara algunas veces más su nariz. Ambas habían llorado mucho.

Lucía sintió en su mirada la ternura de aquella época, en su niñez, cuando hablaban en su propio lenguaje de mellizas. Recordó cómo se enojaba Sofia cuando no podía comprenderlas y ellas se reían sin parar. Eran inseparables y ahora parecía que no podían compartir nada sin que resultara en una pelea. Al crecer, habían construido sus propios caminos, y Lucía sintió que, por nacer unos minutos después, estaba condenada a rechazar un destino diferente. Antes no le importaba mucho, pero ahora que en la isla comenzaban a tejerse posibilidades nuevas, incluso para ella, se preguntaba si era justo que le tocara la vida religiosa.

Se sentaron las dos sobre la misma cama, frente a frente, y Leonor se dirigió a ella con firmeza, pero conservando la calma; no quería hacerla llorar otra vez, ella misma no quería llorar.

—Muy bien. Hablemos entonces, hace días estás cambiada, y he visto a Juliana más de una vez entregarte estas dichosas cartas. Ya he pasado por este intercambio con Manuel, sé que de algo así se trata, y si no quieres decirme quién es, lo respeto, es tu derecho, pero debes contarme qué es lo que te han dicho y por qué debe ser un secreto. No conocemos a todo el mundo aquí, Lucía, si es un cualquiera...

—Te lo diré. Así como he callado yo, callarás tú. No he tomado una decisión —la interrumpió Lucía. No quería que imaginara lo peor.

—¿Decisión? ¡Debes contarme lo que ha pasado desde el principio!

—Recibí una carta hace ya muchas semanas, luego recibí otras, me las entrega Juliana, pero dice que no sabe de quién son. No estaban firmadas, es decir, sí que lo estaban, pero no con un nombre real.

—¿Dónde están? ¡Quiero verlas!

Lucía dudó un instante, pero se puso de pie, buscó su Biblia y allí, marcando el inicio del «Cantar de los Cantares», estaban las tres cartas dobladas con cuidado. Leonor las miró sorprendida, y a pesar de que ansiaba escudriñarlas, esperó a que Lucía se las pasara.

Leonor las leyó una por una, ante la mirada paciente de Lucía, que se quedó en silencio. Cuando terminó, vio sobre el muro de la ventana la carta sin abrir, se puso de pie, la tomó y se la pasó a su hermana.

—¡Ábrela!

—No —contestó ella antes de dejarse caer en la cama y tapar con un almohadón su rostro.

—¿No? ¿Cómo... «no»? Espera... estas cartas no tienen escrito el día en que han sido enviadas, no puedo saber cuál ha sido escrita primero y cuál ha sido escrita después... —Leonor daba paseos infinitos recorriendo la habitación una y otra vez.

—¡La fecha es indiferente! ¿Qué puede importar cuándo han sido enviadas si he jurado no recibirlas?

—Dice que se encontraría contigo un viernes, acaso se refiere a ¿mañana? ¿O es que ya ha pasado? ¿Ya lo has visto? ¡Lucía! ¡Ya sabes de quién se trata! ¡Por eso has jurado no recibirlas más!

Leonor se sentó en la cama e intentó quitar el almohadón que cubría el rostro de Lucía, pero ella lo apretaba un poco más en cada tentativa.

—¡Es Joaquín! ¡Es el hermano de María del Carmen! Lo has estado viendo a escondidas cada vez que vas a la casa del gobernador, ¿no es así? ¡De allá vienes hoy!

—¿Joaquín? ¡Joaquín no es más que un arrogante egoísta! —respondió con toda la ira que acumulaba, quitándose por fin el almohadón de la cara.

—Bien. Entonces se trata de Joaquín... pues sí, noté que no dejaba de mirarte en la tertulia y estuvo bailando contigo. Escucha, sé que tal vez creas que me interesa porque he coqueteado con él, pero ya me conoces, solo buscaba atraer la atención de Manuel. No es que haya servido de nada, pero si piensas que me interesa, no es así, Lucía. Sí... Joaquín García es algo arrogante, pero todos los hombres tienen defectos.

—Te conozco demasiado, sé que no te interesa Joaquín. Así como tampoco te interesa en serio Manuel González —replicó Lucía incorporándose para sentarse, recostada, sobre el respaldo de madera de su cama.

—Entonces se trata del convento. ¿Sí quieres ir, finalmente? ¡Oh, mi querida Lucía! Puedes casarte si eso quisieras, no tendrás una gran dote, pero si Joaquín García te ama no le importará.

—Estás equivocada. No del todo, pero lo estás.

Lucía se sentó en la cama, y las lágrimas cubrieron sus mejillas otra vez. Dudó en seguir hablando y miró la carta que seguía en las manos de Leonor.

—¿Crees que merezco casarme algún día? Todos en esta casa piensan que soy una monja, nuestra madre no lo ha dudado nunca ni por un instante, nuestro padre no ha intentado jamás convencerla de otra cosa. Sofía es feliz con presumir que me uniré a la vida religiosa y tú...

—Yo siempre te he dicho que no tienes lo que se necesita. Eres como eres, y yo soy como soy. Pero esto no se trata de lo que quiera o piense nadie, Lucía. Eres tú quien tiene que vivir para siempre con la decisión de encerrarte en un convento, permanecer célibe en casa o casarte si un hombre te lo pide. Las mujeres se casan todo el tiempo, con dote o sin ella, basta con que un hombre se enamore de ti.

—No es Joaquín. No es él quien me ha escrito los poemas. Pero sí... me ha hablado hoy, quiere hablar con nuestro padre y pedir permiso para visitarme e incluso casarse conmigo. ¡Ha sido tan petulante! Me ha hecho sentir que era él mi única oportunidad de un casamiento y que por lo tanto me hacía un enorme favor. Por eso vine llorando. Lo he mandado a...

Lucía se quedó callada de pronto, se persignó rápidamente y besó la cruz que colgaba de su cuello. Leonor sonrió al imaginar a su melliza rechazando a un pretendiente. Un carcajeo se escuchó en eco en el aposento justo antes de que una mano fuerte tocara la puerta anunciando la cena. Las hermanas se miraron.

—No pensarás dejarme con las dudas. Si no es Joaquín, me alegro que no lo sea. Habría sido una tortura que dijeras que sí. Merecía que lo abofetearas muchas veces. No me has contestado, esta reunión, el viernes, ha pasado ya. ¿Por qué no quieres leer la carta?

—Porque he jurado no leer más cartas tuyas. Le he dicho que si sus sentimientos son verdaderos, debe hablar con nuestro padre. ¿No he pedido mucho, Leonor? ¡Solo le he dicho que no escaparía con él! ¡Qué si me ama tendría que casarse conmigo! Pero ha pasado toda una semana y no ha venido... ¿Qué debo pensar? ¿Qué en esta carta insistirá en que huya? Por eso no la

abriré.

Leonor escuchaba a su hermana; y con cada palabra, su alma se acongojaba un poco más. El llamado a la puerta pronto se repetiría y era imperante que bajaran al comedor. El conde de Valette estaba abajo y no podían hacer esperar a las visitas.

—¿Tiene alguna razón para que nuestro padre lo rechace? ¿Es un criollo? ¡Lucía! ¡Es un mulato! ¿Al menos es libre?

—Es el marqués...

—¿El marqués...?

—Es el marqués de Ferrand.

El sonido seco de la madera llenó el aposento y se quedó flotando en el aire. Leonor miró la carta, el sello escarlata seguía intacto. Después miró a su hermana y volvió a extenderle la mano.

—¡Lucía! ¡Por todos los cielos, ábrela!

Capítulo 15

El comedor iluminado vestía de gala ante la visita del Alonso Romero, conde de Valette, sentado al frente de su prometida y a un lado del vizconde, que encabezaba la mesa. Angelique Saint-Hilaire, viuda Valette, estaba sentada al otro lado, y en la silla contigua, el señor Alejandro Ramírez, socio del dueño de la casa. En la cabecera, doña Rosalía observaba a sus hijas mellizas descender corriendo por las escaleras. Resistió los deseos de amonestarlas en público por la tardanza y sonrió con fingida simpatía. Las dos tomaron asiento al lado de su hermana mayor y pidieron disculpas de forma elegante.

—¡Buenas noches! Hay esperas que siempre valen la pena —replicó galante el señor Ramírez al comentario breve de Leonor.

—¡Leonor siempre hace unas entradas maravillosas! —respondió la viuda sonriente.

La cena transcurrió sin novedades, y cuando los hombres se retiraron al gabinete del vizconde, las mujeres fueron al salón. Doña Rosalía cabeceaba mientras las más jóvenes discutían los detalles del casamiento de Sofía que se celebraría pronto. Terminó por disculparse, pues el embarazo le causaba sueño. Juana la acompañó al segundo piso, y quedaron solas, en el salón, Angelique y las hermanas Salinas. Leonor miró a su melliza, aprovechando la complicidad. Se aseguró de que la puerta del gabinete de su padre estuviera cerrada por completo y acercó su banqueta un poco más para quedar más cerca de las poltronas donde estaban sentadas Angelique y Sofía.

—Lucía, vamos a decirles, no podemos resolver esto solas, tú y yo —dijo mirando sus ojos de esmeraldas encendidas, todavía llorosos.

—¿Qué ha sucedido? —susurró Sofía con voz preocupada.

Angelique miró a las hermanas y sintió nostalgia de sus propios hermanos, a quienes no veía desde hacía varios años. Pensó que estaba fuera de lugar en aquel momento íntimo y pidió permiso para caminar en el patio.

—¡No, Angelique, debes quedarte, necesito tu consejo! —suplicó Lucía.

Angelique se sorprendió de que fuera precisamente ella quien le hablara. Era con quien menos intimidad tenía, pues sus más cercanas amigas siempre habían sido Sofía y Leonor. Notó en su rostro, bajo la luz del candelabro, las huellas de las lágrimas, y de pronto su nostalgia se transformó en compasión.

—¡Oh, querida! ¿Qué ha pasado? ¡Has estado llorando antes!

Lucía estaba a punto de llorar otra vez, y fue Leonor quien habló; no tenían mucho tiempo.

—Lucía tiene un pretendiente.

Sofía y Angelique se miraron con mutua sorpresa. Leonor sacó la carta de su bolsillo, la había leído con Lucía antes de bajar a la cena. Se la pasó a Sofía, que la leyó, y cuando llegó al último párrafo, lo repitió en voz baja y miró a Angelique. Le pasó a ella el papel, y entonces las cuatro mujeres se quedaron en silencio.

—«La esperaré de nuevo, igual que antes, en el mismo jardín, la misma hora. Mañana seguiremos adelante o moriré de amor si se demora». Esto quiere decir que se han visto ya. ¿Puedo preguntar de quién se trata? ¿Por qué se esconde? ¿Está casado o prometido con otra? ¿No ibas a ser monja? —preguntó sin parar Angelique, y devolvió a Lucía el papel, sin aguardar a que le respondiera.

—Si te has encontrado con él, hermana, es porque no estás segura de ir al convento, ¿no es así? No deberías hacerlo, si no te hace feliz. Pero... tampoco deberías considerar a un hombre solo porque escribe bonitos versos.

—Lucía, a veces los hombres... ¿cómo puedo decirlo sin herirte? A veces quieren cosas de ti... algunos solo besos, otros un poco más. Algunos serán capaces de hacerte una promesa de matrimonio para que les entregues tu virtud, no siempre están dispuestos a cumplir esa promesa, no siempre es amor. Casi nunca es amor... Tal vez es una prueba para ti, para que sepas si estás en realidad dispuesta a encerrarte en la vida religiosa por siempre o si quieres algo más. No es una razón para llorar —continuó Angelique mientras Lucía y Leonor miraban a ambas sin pronunciar ninguna palabra.

El silencio fue dueño del salón por unos minutos antes de que por fin Leonor hablara de nuevo. Su voz, cual caricia de terciopelo, tenía una suavidad que Angelique desconocía y que Sofía no recordaba.

—No es solo un hombre que escribe bonitos versos. Creo que Lucía ya lleva un buen tiempo enamorada de él, al igual que él lo está de ella, tal vez yo misma ya me había dado cuenta y preferí ignorarlo porque era una locura, tal vez lo sigue siendo, no lo sé. Por eso necesitamos ayuda. No andaré con rodeos, ya me ha hecho sufrir suficiente ella a mí al negarse a confesármelo.

—¡Habla de una vez, Leonor! ¡En nada saldrán los hombres a estorbar, y entonces tendré que esperar otro día para saberlo! —exclamó la viuda con ímpetu.

—¡Lo siento, Sofía! ¡No lo imaginé! ¡Lo juro! —exclamó Lucía con tanta preocupación que Leonor debió tocarla con suavidad en el brazo para que bajara la voz.

—Es tu marqués, Sofía. Es decir... es el marqués de Ferrand. Jean Pierre Gilbert de Ferrand es el poeta enamorado —sentenció Leonor.

El olor a humo traspasaba las puertas del gabinete donde los hombres fumaban tabaco. Lucía abandonó la banqueta que ocupaba y caminó hasta el arco de ladrillos que enmarcaba la puerta del traspatio. Se tumbó en la pared y los hilos de su vestido se quedaron aprisionados en las piedras amarillas, podía sentir que el muro la atrapaba y no podía pronunciar ninguna palabra más. Sofía no reaccionaba y solo atinaba a mirar a Lucía sin poder responderle. Angelique se quedó pensativa un instante y luego habló a Leonor:

—Esa es la razón, ¿no es así? ¡Por eso ha roto su promesa, todo este tiempo ha estado enamorado de la hija equivocada! —dijo, y miró después a Sofía—. ¡Por eso ha sido tan fácil que te deshicieras de él! ¡Pobre hombre, ha de estar sufriendo un mar de incertidumbre!

La primogénita del vizconde de Salinas despertó del letargo en que se hallaba sumida cuando Angelique pronunció su nombre. Entonces pensó en voz alta, sin darse siquiera cuenta de que podían escucharla.

—¡Lo ha hecho en verdad por amor, entonces! ¡Me ha liberado del compromiso por que la amaba a ella!

Las mujeres quedaron en silencio un momento más, cada una repasando posibilidades en su cabeza. La viuda volvió a tomar la palabra.

—Leonor, has dicho que necesitan nuestra ayuda. ¿Qué es lo que sucede? ¿Acaso no es un asunto de muy fácil resolución? ¡Él la ama, ella lo ama, es la situación ideal!

—¡Lucía! ¡No pensarás que yo...! ¡Oh, hermana, el marqués ha sido un amigo cuando más lo necesité, te prometo que, si ustedes dos se aman, son maravillosas noticias! ¡No puedo pensar en un resultado más feliz para él, o para ti! —dijo Sofía haciendo el mejor de sus esfuerzos en guardar la compostura y no hacer demasiado ruido.

Sofía abandonó la poltrona y se acercó a su hermana, tomó su barbilla en la mano y levantó su rostro con afecto. Limpió una lágrima que se asomaba tímida en su mejilla y la besó.

—El marqués le ha sugerido que escape con él. Se han visto en el jardín de la capilla de la Tercera Orden, pero no le ha pedido que se casen, le ha pedido huir lejos con él. Por eso necesitamos ayuda —explicó Leonor al ver que Lucía no era capaz de hablar todavía.

—¡Oh, Leonor! ¡Es tan romántico como inoportuno! ¿Por qué querría hacer tal cosa un hombre de honor como él? —preguntó Sofía.

Leonor se encogió de hombros y, por primera vez en toda la noche, no supo qué decir.

—Tiene miedo. Eso es lo que sucede. Sospecha que su padre va a negarse. No lo culpo, si yo hubiera roto una promesa al vizconde, no osaría en hacerle otra y esperar a que me crea —alegó la viuda.

—Podríamos convencer al marqués, podríamos convencer a mi padre. ¿No es así, Angelique? —dijo Sofía.

Lucía veía a las tres mujeres discutiendo su destino. Toda la furia guardada en su estómago para Joaquín García ahora parecía dirigirse hacia el marqués de Ferrand. Caminó hacia una banqueta y se sentó en el centro del salón, todas las miradas la siguieron, atentas.

—No. Me niego a suplicarle al marqués. Su cobardía es digna de desprecio; si tanto me ama, podría al menos intentarlo. Parece que solo atraigo a hombres presumidos que se creen por encima de cualquier regla de las buenas costumbres. Si algo he aprendido hoy es que los muros del convento podrían aprisionar mi cuerpo, pero no mi alma; ahora bien, ningún hombre podrá hacerme prisionera jamás, y si huyo con él sería su prisionera por siempre. Está decidido, no iré al encuentro. Ya le he sido franca y cumpliré mi parte, he prometido que no recibiría más cartas tuyas, que, si quería volver a hablar conmigo, tendría que ser aquí, en mi propio jardín, después de hablar con mi padre. Si no se atreve no me merece —discursó segura de sí misma.

—¿Solo atraes a hombres presumidos?, ¿en plural? —preguntó Sofía.

—¡Una historia a la vez, por favor! —exclamó Leonor para enseguida hacer señales de que guardaran silencio al escuchar el chirrido de la madera producido por la puerta del gabinete de su padre.

El vizconde abrió la puerta, y la conversación de las mujeres se dio por terminada tan pronto los hombres pusieron pie fuera, en el salón. El señor Alejandro Ramírez contempló con sus ojos negros la escena y no resistió hacer un comentario encantador sobre la reunión de «tan refinadas señoritas» a pesar de que su mirada se posaba de manera particular en Leonor, que lo ignoró con elegancia.

Sofía acudió a despedirse de su prometido y Angelique, atendiendo al final de la visita, recogió su falda y caminó hacia la puerta, siguiendo al conde de Valette, no sin antes tomar a Lucía de las manos y hablarle en voz alta para que todos pudieran escucharla.

—Lucía, estaré feliz de acompañarlas mañana al toque del ángelus en la iglesia de los Dominicos. Vendré a buscarlas a todas un poco antes de las cuatro. Iremos primero con la costurera, para que ajuste nuestros vestidos de la boda. Muchas gracias por invitarme a ir con ustedes —dijo, y después besó su mejilla.

La cita había sido establecida, y a pesar de que las hermanas ignoraban los planes de la viuda al improvisar una cita inexistente en la costurera, Lucía sintió un dejo de alivio por la forma en la que le había hablado y asintió con una sonrisa. El vizconde despidió a sus visitantes y volvió a disculpar a su mujer. Acompañó escaleras arriba a sus tres hijas, que esa noche estaban más calladas de lo que acostumbraban.

Capítulo 16

Una nube de tonalidades grises se reflejaba en los ojos del marqués. La tarde del viernes había tardado mucho en por fin llegar. Salió caminando desde su casa, vistiendo una camisa blanca, una chaqueta azul claro y pantalones del mismo color. Una rosa amarilla, que desprendió de su propio jardín, bailaba entre sus dedos, y las espinas rozaban con sutileza su piel sin herirla. Observó la calle abarrotada de almas a su alrededor. Unos, bien vestidos, hacían gala de sus riquezas; otros caminaban detrás, sosteniendo parasoles; y otros tantos se cruzaban apurados entre los primeros y los segundos, persiguiendo sueños y voces que llamaban desde la lejanía. Él no quería pertenecer a ninguno de aquellos mundos, no quería escuchar ninguna de aquellas voces y solo podía pensar en el encuentro con su amada. Su voz escondida de poeta hablaba claro y fuerte a través de la pluma, pero se trababa con facilidad ante la posibilidad del fracaso.

Había pasado semanas sufriendo con pensamientos de que el vizconde desconfiara de su promesa y le negara la mano de su hija menor. Aquello lo paralizaba. Imaginaba escenarios donde el vizconde golpeaba su cuerpo menudo y desprendía sus rizos rubios uno por uno en el primer intento de volver a prometer casarse con una hija suya. Si el ardor en su pecho seguía creciendo, podría en poco tiempo incendiar todo un campo a su alrededor. Había meditado en más de una variable donde su empresa tenía éxito, todas las veces le evitaban esa conversación incómoda. Pero ella lo amaba, ya lo había constatado en su sonrisa, en la suavidad de su voz al hablarle, en cómo sus vellos se erizaban cuando su piel la rozaba al bailar, a través de las ropas. Lucía Salinas lo amaba, tanto como él moría de amor por ella, pero no lo suficiente para dejarlo todo, y él no podía quedarse.

Confiaba en que acudiría a la cita, allí le contaría sobre su plan. Era arriesgado, pero podía funcionar, si todo salía bien, como su amiga le había prometido. Se arregló las mangas de la camisa y apuró el paso, no podía darse el lujo de llegar tarde. Un ventarrón hizo volar su sombrero, y un chiquillo corrió a entregárselo antes de que fuera más lejos, vio en los negros ojos del mulato de unos diez años la tristeza acumulada y sintió compasión. «Soy afortunado... demasiado, tal vez», pensó para sí. Sacó un real de su bolsillo y lo dejó caer junto a los pocos maravedíes que llevaba encima, el chiquillo sonrió con su dentadura amarillenta, y ambos siguieron su camino. El jardín estaba a solo unos pasos, la universidad se levantaba poderosa al lado de la iglesia de los Dominicos. Algunos conocidos caminaban en sus trajes más formales y lo saludaron con cortesía, él levantó el sombrero cada vez con el mismo reducido entusiasmo, y su cabello rubio se desacomodó un poco más.

Recorrió los pasos faltantes con lentitud, esperando alargar el tiempo. Parecía contar los ladrillos incrustados de forma circular en el suelo, y cuando llegó al jardín, abrió la verja que lo protegía y, enseguida, el trinar de los pajarillos se apoderó del silencio ante la llegada del visitante. Estaba desierto, como la mayoría de las veces a esa hora. Faltaba todavía algún tiempo para el toque de las campanas, así que se acomodó bajo la sombra de un árbol en uno de los bancos de piedra caliza, justo en el que se había sentado ella cuando se encontraron para que descubriera quién se ocultaba tras los poemas de amor. No la había vuelto a ver desde entonces, excepto en sus sueños, donde la distinguía, siempre, con el vestido púrpura de flores doradas, la cruz que parecía haber nacido en su pecho y su cabello brillante, que desprendía olor a jazmines incluso cuando él estaba dormido. En ocasiones, el aroma podía ser tan fuerte que lo despertaba

inundando su aposento, perfumando sus sábanas, embriagándolo desde la mañana y hasta el final de la noche.

Ese día no era la excepción, tal vez la ansiedad de sus sueños se había despertado con él para no abandonarlo ese día. La vería, o al menos eso esperaba. Al principio de la mañana no tenía ninguna seguridad, solo la esperanza de que se arrepintiera de sus palabras y leyera la carta. Conservaba la ilusión de que acudiera al encuentro y que finalmente rompiera cualquier otro juramento y se prometiera solo a él, como estaba él dispuesto a prometerse a ella. Se levantó de la cama, abrió las ventanas del aposento y respiró el aire fresco que emanaba del patio. Lavó su cara y, sin esperar a su lacayo, se preparó y bajó a la biblioteca. Algunos documentos por firmar, instrucciones por despachar, baúles que llenar con libros para su partida inminente. Escuchó la puerta, el mayordomo la abrió y de pronto una voz femenina penetró la estancia. «¡Cosa rara!», pensó. Era incapaz de reconocerla. Salió a su encuentro. La condesa Angelique Saint-Hilaire, viuda Valette, ataviada con una falda de color mostaza y una blusa gris, lucía radiante en el centro de su zaguán. Llevaba el cabello recogido en un moño sencillo y un sombrero de alas anchas con una flor al centro en la misma tela de su falda. «Una mujer hermosa, en realidad», pensó al acercarse a ella para darle la bienvenida.

—Condesa, es una grata sorpresa recibirla en mi casa, me temo que no la esperaba, habría sido un honor mandar a preparar un desayuno digno de su visita.

—Deberá perdonarme la inoportuna sorpresa. Debo hablar con usted. Es de suma urgencia. ¿Podemos ir a su gabinete?

—¿Ha venido sola?

—Mi cochero espera afuera. No tardaré. Este asunto podrá prolongarse solo si debo insistirle, y estoy segura de que no será necesario.

El la escuchó con atención. Nunca había visitado su casa bajo esas condiciones, había asistido a alguna tertulia allí, pero nada más. Pese a ser compatriotas, no eran cercanos. La invitó a pasar a su gabinete de reuniones al lado de la biblioteca, y ambos se sentaron frente a frente.

—No tenemos mucho tiempo. Haré lo posible por darle un consejo que no me ha pedido, y usted hará lo posible por seguirlo. Sin embargo, antes de todo ello, es preciso que me responda una pregunta.

—¿Condesa?

—Ha llegado a mi conocimiento que pretende usted a la hermana menor de una gran amiga mía. Antes la pretendía a ella, pero guardo una estima invaluable hacia usted, por la generosidad que ha demostrado al liberar a mi amiga de un matrimonio obligado. Eso ha permitido que se case con otro gran amigo mío, que como usted ya sabe, es el hijo de mi difunto esposo. No prolongaré la incomodidad que probablemente la cause mi presencia en su casa, justo hoy que ha prometido encontrarse con ella, pero usted y yo tenemos que aclarar unos asuntos primero.

—¿Lucía le ha contado todo esto?

—Poco importa cómo me he enterado. Debo saber sus intenciones, así sabré si puedo ayudarlo o no.

—¿Ayudarme, condesa? ¡Oh, nadie puede ayudarme! ¡Me he metido solo en este embrollo amoroso!

—Su afán en conquistar a Lucía, marqués, ¿es genuino o solo intenta congraciarse con su padre? Y si intenta congraciarse con él, ¿por qué obligarlo a hacer tal cosa escapando con su hija más pequeña, cuando pudiera pedirle su mano, como haría cualquier hombre con honor?

—No lo entiende, condesa. Lucía es el aire que respiro, la brisa que me acaricia en las tardes,

el sol que me irradia en las mañanas. Cierro los ojos y allí está su imagen virginal persiguiéndome, los abro y sigue allí, algo borrosa, pero presente. La veo en los rincones de mi biblioteca, detrás de cada mantilla en la iglesia, en el reflejo del agua en mi copa. Podría decir que la amo, si el amor es esta sensación que me consume y se aloja en mi pecho impidiendo que respire. Solo cuando le escribo se alivia esta pasión que me oprime, y podría jurar que ella siente lo mismo.

—Si todo esto que siente es tan real, tan puro, ¿por qué reducirlo a una huida?, ¿por qué exigirle tal sacrificio a ella?

—El vizconde nunca perdonará mi falta. Lo he visto en sus ojos, que me amenazan sin hablar. Ha sido cortés, por obligación, pero no me aprecia, ya no más. Debo partir a Francia, no puedo esperar a convencerlo. Si Lucía no viene conmigo, solo escuchará la historia del marqués que murió de amor en un barco de camino a París.

—¡No puede saberlo! El vizconde... podría convencerlo. ¿Por qué debe marcharse con tal premura? Un viaje es cuestión de un mes o dos, bien podría regresar.

—No volveré, condesa. He vendido mis tierras. Debe saber, usted también, que en Saint Domingue los esclavos se levantan, el sistema no funciona más y la nobleza, los blancos, los ricos, todos pagaremos las consecuencias si una mejor solución no se encuentra pronto.

—La revolución... son rumores. Podrían pasar años. Quisiera llegar a ver que se abolieran estas terribles e intolerables formas, pero aún falta. El poder sigue en las mismas manos. ¿Teme que esté cerca?

—El poder, mi querida condesa, es el pueblo. El mundo está cambiando, y yo quiero ser parte de ese cambio. Si me quedo no lo conseguiré, no en esta colonia, tampoco en Saint Domingue. Me casaré con ella, pero no aquí, no ahora, no puedo esperar. Los esponsales de mi hermana... debo estar presente. Ya después de eso, no regresaré a la isla, me deshice de todo.

—Si sus augurios se cumplen, vendrán tiempos difíciles a la isla, no se lo puedo negar, yo misma he sabido por años que algún día llegarían. Pero cada quien construye su propio destino, y no puede pedir a una jovencita de dieciocho años que lo abandone todo por usted, sin certezas. Le pide que renuncie a su familia y a todo lo que conoce, ¡que salte al vacío!

—¿Ve usted otra solución? No quiero faltar a la promesa que hice a mi padre, casarme con la hija del vizconde de Salinas.

—¡Es usted un iluso! No importa cuánto pueda Lucía amarle a usted, ella ama a su familia. Pero podemos encontrar una solución. Por eso estoy aquí. Antes deberá enfrentar su temor y hacerme caso, ¡tiene que acompañarme cuanto antes!

El marqués de Ferrand escuchó la voz melodiosa de su hermosa compatriota y siguió cada una de sus instrucciones con obediencia. Si no hubiera estado enamorado con cada gramo de su ser de Ana Lucía Salinas, podría haberse enamorado esa misma mañana de Angélique Saint-Hilaire, viuda Valette.

Ya habían pasado algunas horas desde ese encuentro y ahora estaba sentado en el jardín, dispuesto a entregar un poema más, esperando que todo saliera bien. Como la condesa había prometido.

Capítulo 17

Las cuatro mujeres se acercaban a la iglesia de los Dominicos con rapidez. Sofía miraba a todas partes, esperando encontrar al marqués. Buscó en el piélagos azul de los ojos de Angelique, suplicando que le dijera lo que había callado durante toda la visita a la costurera. Habían pasado casi una hora retozando entre cintas y telas, buscando hacer sonreír a Lucía, que seguía con el ánimo melancólico. Se midieron los vestidos que lucirían en el casamiento de la hermana mayor, y por un breve instante no fue necesario el permiso de ningún hombre en aquel salón.

Las palabras de consuelo de la viuda, convenciendo a las hermanas de que el atardecer traería consigo respuestas a sus preguntas, no habían sido suficientes para sacar a Lucía de su letargo. Ninguna sabía por qué irían al jardín de la capilla si ella había sido clara en que no aceptaría al marqués bajo sus condiciones, pero confiaban en Angelique que, a pesar de haber estado misteriosa toda la tarde, sonreía como si escondiera un bonito secreto. Entre todas buscaban formas de mantener a Lucía distraída mientras caminaban rodeando la iglesia de los Dominicos, donde, en 1511, había subido al púlpito fray Antón Montesino para pronunciar el memorable sermón que se convertiría en una de las primeras y más radicales denuncias de los abusos de la conquista y en un antecedente del pensamiento de liberación.

Ahora las hermanas Salinas añoraban otra clase de libertad, la de atarse por siempre a una vida escogida por otros o rechazarla por mera convicción.

—Lucía, ¿me cuentas otra vez cómo rechazaste a Joaquín García? Debe ser la mejor historia de todo el verano. Te has vengado por mí de ese presumido hermano de María del Carmen.

—No me ufano en haberlo rechazado, Leonor. Solo espero que aprenda la lección y que no se crea que lo merece todo sin cuestionamientos.

—¿Qué hay de Manuel, Leonor? Mi doncella dice que él te ha escrito, pero no respondes sus cartas ahora. Juliana solía llevar al menos dos cada semana.

La viuda aprovechó para constatar si Leonor mantenía sus intereses en el abogado.

—Me tiene sin cuidado Manuel, Angelique. He descubierto que podría cambiar de interés tal y como lo ha hecho él con mucha rapidez. Me temo que no ha podido superar que ahora Alonso sea el conde y que le haya ocultado su secreto, me castiga por ello y yo lo castigo a él.

—Eso no tiene sentido, Leonor, ¿por qué habría de importarle eso a Manuel?

—Es su empleado, ahora. Buscará un puesto militar donde no se deba a quien antes fue su amigo. Si se casa con la hija del gobernador, lo conseguirá y podrá incluso tener tanto poder como Alonso. Casándose conmigo, no conseguiría tal cosa.

—Lo siento, Leonor... sé que te gustaba mucho Manuel. Te repito lo que ya te he dicho en casa, si de verdad piensas eso, entonces no te merece.

—Supongo que todos tienen alguna razón para hacer lo que hacen.

—Buenos o malos, todas tenemos pretendientes. Sofía en poco se nos casa. ¿Qué hay de ti, Angelique? ¿No recibes poemas misteriosos? En esta isla de tantos secretos, justo tú, tan hermosa, ¿dónde ocultas las cartas? Tendrás todo un aposento para estas...

Las mujeres rieron con ganas, inclusive Lucía. La francesa de melena dorada sacó su abanico y lo empuñó con gracia.

—Basta una sola carta, querida Leonor. Con tal de que sea la correcta. Hemos llegado. Esperaremos en la capilla nosotras tres; tú, mi querida Lucía, irás a tu jardín.

—¡Pero he dicho que no lo veré! ¡No romperé mi promesa!

—Lucía, hoy tendrás que elegir. Romperás una promesa o romperás un corazón. Solo cuida que no sea el tuyo, porque no hay costurera en el mundo que te ayude a coserlo después. Confía en mí, hoy todo puede salir muy bien. Depende de ti.

Los labios de Lucía Salinas temblaban, pero la voz musical de la viuda le transmitía una paz que no le daban las incesantes oraciones que la acompañaron en la madrugada. Sus ojos verdes estaban más claros que nunca, y ante la mirada atónita de sus hermanas, apretó el crucifijo en su pecho, aspiró el aroma de las flores que emanaba del jardín y caminó dejando atrás a las tres mujeres que se quedaron observando hasta que cruzó la reja del vergel.

Una vez dentro, lo vio de frente; y él se puso de pie ante su llegada. Algunos arbustos colmados de flores los separaban, y el sonido de la fuente acompañó el trinar de las avecillas que iniciaron su habitual canto de bienvenida. Estaba vestido de azul grisáceo, iba bien con sus ojos. La rosa amarilla en su mano había perdido algunos pétalos que ya alfombraban el derredor del banco de piedra donde antes estaba sentado. Lo vio allí, y el vacío acostumbrado llenó su estómago. Sintió sus mejillas sonrosarse, y la sonrisa inevitable que le provocaba su presencia no tardó en aparecer sin que ella pudiera detenerla. No sabía qué decir. Se entrelazaba los dedos con rapidez mientras él la observaba embelesado. Sacó un papel de su bolsillo y se acercó a ella con sigilo.

—¡Buenas tardes, señorita Lucía! ¡Me alegro de que haya podido venir! No... no tiene que decir nada. Reconozco que he pedido demasiado, y no sabe usted lo que estoy dispuesto a dar. He sido arrogante y cobarde, no lo niego, las batallas no se me han dado bien jamás, las evito a toda costa. Esta vez, tendría que morir de todos modos, así que la batalla no parece tan mala decisión, dadas las circunstancias.

Lucía movía los labios para responder, pero en cada intento suyo, él se lo impedía.

—No... permítame liberarme de esto. Siento que con cada palabra que pronuncio puedo respirar un poco mejor. Me ha dicho usted que no leería más mis cartas, le agradezco que haya hecho una excepción para leer la última. Me ha pedido otra cosa y he sido obediente a su petición; cumpliré cada uno de sus deseos el resto de mi vida, si me deja, por el resto de la suya. Hay una carta más, solo una más, y la leeré yo, en este, nuestro jardín, nuestro jardín de los poemas.

Amada Ana Lucía Salinas:

El cielo estalla en luces diminutas,

La brisa mece su rubia cabellera,

El fuego de su ausencia mi alma enluta,

Se viste de pesar mi primavera.

Sus ojos cual estrellas relucientes,

Se posan en los míos con tal dulzura

No podremos ya ser indiferentes,

¡Que sepan! ¡Nos amamos con locura!

La pena de mi alma es olvidarla,

No quiero resignarme a no tenerla,

Hoy juro hasta mi muerte amarla,

Y de cualquier peligro defenderla.

No tema, su virtud es mi tesoro,

No dude, su dolor es mi tristeza,

Hoy me rindo a sus pies, su amor imploro,

Hoy le entrego mi vida con nobleza.

Suyo,

Jean Pierre Gilbert, marqués de Ferrand

El marqués calló un momento, la vio sonreír con timidez, como si no quisiera hacerlo, pero, al mismo tiempo, no pudiera evitarlo. Después se acercó un poco más a ella, todavía los separaban algunos pasos, no se atrevía a más sin su consentimiento.

—Señorita Lucía, he hablado con su padre esta mañana. Nos hemos reunido en la Real Audiencia y he solicitado, con el permiso del vizconde, una licencia para que pueda casarme con usted. Hemos tenido que adelantar algunos trámites, pero su padre ha sido comprensivo, la condesa de Valette ha hablado con él. Cuando vio que estaba dispuesto a poner todo por escrito, su ira hacia mí se ha disipado. Debo marcharme a Francia en pocos días, quiero que venga conmigo. Dentro de la capilla, un sacerdote nos espera, su madre y su padre están allí, a expensas, por supuesto de que usted diga que «sí». Su madre aún no está convencida, pero estoy confiado en que esta otra vida a mi lado puede proporcionarle tantas alegrías a ella como pueda traérselas a toda la familia. Solo añoro que nuestro camino sea tan gratificante para usted como este momento lo es para mí. ¡Casémonos hoy mismo, señorita Ana Lucía Salinas, hágame el hombre más feliz de la Tierra!

Ella derramaba lágrimas sin cesar, pero esta vez eran de felicidad. Se acercó a él y lo besó en la mejilla con suavidad, en un beso que se prolongó por un instante eterno. Él la estrechó por la cintura y atrajo su cuerpo menudo, tomó su rostro por la barbilla y la besó con pasión arrebatadora en los labios, y cada flor del jardín se ruborizó ante la escena. Él marqués imaginó aquel beso tantas veces, húmedo, cálido, lleno del fuego, que ahora ardía fuera de su pecho y hacia todo su cuerpo, no sabía cómo detenerse. Ella sentía su mano en el rostro y a todo él, por dentro, recorrerla por completo sin tocarla.

La puerta de madera de la capilla crujió, y un llamado de atención de Sofía los hizo separarse.

Lucía vio la sonrisa inmensa de su hermana mayor asomarse y escuchó su voz a solo unos pasos decir en un susurro de complicidad: «La boda es adentro...».

El marqués de Ferrand soltó la cintura de Lucía y agarró su mano. Le regaló la más grandiosa de sus sonrisas, y juntos caminaron hacia la capilla dejando tras sus pasos el trinar de los pájaros, las flores amarillas y los bancos de piedra del jardín de los poemas.

Fin

Agradecimientos

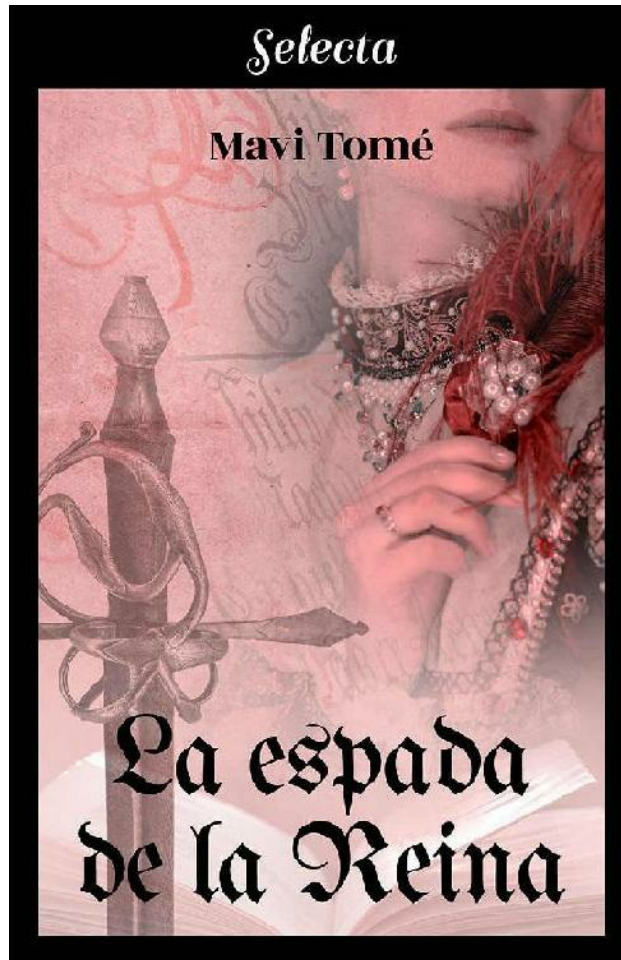
A la Academia Dominicana de Historia y a la conservadora de patrimonio documental Karina Valentín, por sus aportes al material bibliográfico; a la historiadora dominicana Quisqueya Lora, por su asesoría invaluable y materiales de estudio; al historiador dominicano Edwin Peña, por sus valiosas referencias bibliográficas; a mi lectora cero por excelencia, Karina Popa. ¡Mi gratitud es eterna!

A mi familia, que siempre me acuna en su amor infinito, gracias por la paciencia y comprensión.

A mis lectores y lectoras, por enamorarse de mis historias y compartirlas cada vez.

¡Gracias!

Si te ha gustado
El jardín de los poemas
te recomendamos comenzar a leer
La espada de la reina
de Mavi Tomé



Prólogo

París, agosto de 1628

Él permanecía de pie ante las grandes puertas de ébano, brillantes por el barnizado y la limpieza continua a que estaban sometidas. El sol se había ocultado tras una nube y comenzaba a descender por el oeste, tiñendo el horizonte con tonalidades rosáceas y anaranjadas. Bajo el ala de su sombrero, sus cabellos oscuros y rizados aparecían empapados en sudor en la zona del cogote y las orejas, consecuencia de aquel inusitado calor que asolaba Francia en aquel sangriento verano de 1628.

Había enterrado, ese verano, a diez compañeros. Muchos de ellos iniciaron su andadura en el cuerpo al mismo tiempo que él. Eran hombres jóvenes, valientes. Hombres con un futuro por delante, hambrientos de aventura; hombres jóvenes cuya aspiración era hacerse un nombre en la historia merced a gestas guerreras. Él había luchado con ellos codo con codo, había combatido bajo el fragor de los cañones ingleses, amparado por el fortín que protegía sus posiciones. Pero él tuvo suerte y pudo volver al Louvre. Otros no tuvieron tanta y yacían enterrados en una fosa común. Los más afortunados pudieron ser entregados a sus familias para que dispusieran el sepelio de acuerdo a sus deseos. Los demás penaban sobre la tierra con algún miembro arrancado o la razón perdida.

Había visto el odio en los ojos de sus compañeros. Había visto el odio en los ojos de los bretones. Pero también había visto el miedo, la duda; había visto la súplica en los ojos de aquellos que habían muerto bajo el fuego de su mosquete, bajo el acero de su espada. Y había dudado. Dudaba de si esa guerra era correcta, de si realmente eran meros títeres en el tablero de ajedrez de los poderosos, que solo seguían la guerra sentados cómodamente en sus sillones adamascados, ante un buen yantar, en la lejanía y opulencia de sus palacios.

Sí, él tuvo suerte de volver a su puesto en el Louvre, mas aquellas atrocidades quedarían para siempre grabadas en sus retinas.

Y, pese a las noticias del frente, pese a las sangrientas atrocidades cometidas por uno y otro bando, aquel hombre no había acudido allí para hablar de guerra. No, en su haber portaba una misiva que, a buen seguro, inquietaría el corazón de su destinataria, que se encontraba en los aposentos a los que pretendía ingresar.

Suspiró hondamente, hinchando de aire su pecho musculoso. Parecía como si quisiera recobrar una parte del valor que solo el empuñar una espada le confería, la osadía de estar vulnerando las normas al librar un duelo, a pesar de estar prohibidos; el descaro de acudir a alcobas de mujeres casadas que no dudaban en entregarse a sus encantos y a sus lisonjas. En ese momento en que tenía que dar una de las peores noticias que jamás hubiera soñado dar, la valentía parecía haber muerto.

Inspiró profundamente e hizo que sus nudillos golpearan aquella puerta.

Silencio.

Tocó una vez más. Esta vez, alguien dio su venia desde el interior. Una melodiosa voz de mujer. Entró...

Estaba acostumbrado a frecuentar aquellos aposentos, mas siempre se asombraba del lujo y boato que allí reinaban. Los muebles de ébano, tapizados con terciopelo azul, se disponían a un lado del salón de entrada, con el fin de que la servidumbre y los reales moradores no se viesan interrumpidos por obstáculo alguno en su caminar. Al fondo, los grandes ventanales dejaban pasar los últimos rayos del sol de la tarde a través de unos visillos blancos. Junto a uno de estos, un juego conformado por una especie de otomana, dos sillones individuales y otro de tres plazas. Cojines adamascados en tonos verdes y blancos yacían sobre su mullida superficie, en un descuido que no era tal. En el centro, una gran lámpara de cristal de Bohemia habíase visto privada de su posición prominente en las alturas hasta casi tocar el suelo; junto a esta, una doncella, ataviada con cofia y delantal blanco se afanaba en prender las velas que aparecían desperdigadas en la luminaria. A la derecha, una segunda puerta daba acceso al vestidor, donde armarios de todo tipo, baúles, cajas y sillas permanecían en perfecto orden. De un perchero colgaban capas de armiño, enaguas de tafetán y miriñaques de diferentes colores; en otro, vestidos bordados en oro, plata; prendas de seda, damasco y tisú, cuyas faldas rozaban el suelo. A la izquierda, otra puerta se encontraba abierta y, bajo su dintel, alguien lo miraba con fijeza.

El hombre cayó de rodillas e inclinó la cabeza, descubriendo sus cabellos oscuros con una floritura del sombrero. Una risa complacida inundó la estancia, seguida de unos pasos. El taconeo de unos esarpines blancos que se acercaban a su posición hizo que alzara los ojos levemente, mas sin osar levantar la testa, que permanecía en la misma posición.

Una mano acarició su mejilla barbada y, agarrándolo del mentón, lo forzó a alzar la vista.

Ante él, una mujer rubia de casi treinta años lo observaba con atención. En su níveo rostro lucía los ojos celestes más hermosos que jamás había visto en toda su vida. Su dulce cara se veía enmarcada por una maraña de rizos rubios que se encontraban dispuestos con habilidad por peinas de nácar y plata. De los lóbulos de sus orejas colgaban sendos pendientes de brillantes y zafiros que parecían danzar con cada uno de los movimientos de la dama. Pudo ver que, de su jugosa boca, brotaba una pícara sonrisa que reflejaba la satisfacción por verlo allí. Sabiéndose a solas, el hombre asió la mano de la mujer con su siniestra para, llevándosela a los labios, besarla subrepticamente. La rubia dama rio y olvidó, por un instante, el respeto que por su condición mereciera y, con una mirada, indicó al soldado que se alzara.

Quedaron ambos frente a frente en mitad de aquella opulenta sala en la que las colgaduras de terciopelo, el cristal de Bohemia y las pinturas de autores flamencos se daban la mano en amorosa entente. Mas todo aquel lujo no parecía alterar el ánimo de aquella mujer, cuya atención estaba fija en el recién llegado.

El satén verde esmeralda de su vestido de corte evasé contrastaba con las vestimentas de cuero del militar, cuya apostura hubiera seguido siendo la misma aun vestido con un simple saco.

Voces femeninas llegaban del vestidor. Una de ellas, la que parecía ser de más edad y de mayor rango, daba las indicaciones sobre la ropa a lucir para la hora de la cena, mientras las voces más jóvenes afirmaban estar al tanto o, simplemente, se limitaban a comentar, riendo, alguna anécdota vivida con antelación. De vez en cuando, cuchicheaban entre ellas acerca del encuentro que la pareja mantenía en aquellas estancias; otras, las voces eran acalladas por parte de la gobernanta, quien solo tenía que fruncir el ceño para conminarlas al silencio.

Fue la rubia quien primero habló, y rompió un mutismo que el hombre casi se había obligado a mantener.

-Celebro veros de vuelta, Pierre.

-Majestad, largo ha sido el viaje y grandes las penurias sufridas en su devenir. La guerra impide la llegada de noticias con fluidez, dado que los barcos de uno y otro lado del canal no pueden abandonar los puertos.

-Ahorraos la palabrería, Pierre. No me contéis algo que ya sé —dijo la reina de Francia, acomodando sus posaderas en un sillón tapizado en terciopelo azul celeste.

El joven pudo escuchar cómo las enaguas de tafetán crujían bajo el peso de la falda del vestido. Si por él hubiera sido, habría tomado asiento en alguno de los asientos próximos a la monarca. Sin embargo, como todo súbdito, requería de la autorización de la soberana para sentarse, y la reina no parecía mostrar intención en dejar que su cansado sirviente dejase reposar sus cansados huesos.

No, la intención de la reina era otra muy diferente. Su ánimo albergaba el ansia de alcanzar respuestas, de saber una verdad que solo por medio de su fiel vasallo podía obtener.

Pierre suspiró, dando vueltas a su sombrero.

-Como esperábamos, lo que ansiáis se hallaba en manos del duque de Buckingham. No fue muy difícil de saber, puesto que la duquesa de Carlisle lo odia a muerte y no dudó en investigarlo.

-¿Esa advenediza? —Ana de Austria hizo un mohín involuntario con la boca—. Creía que era

una espía del cardenal.

-Se dicen muchas cosas de Lucy Hay, majestad. Cosas ciertas; otras, no tanto. Lo que es patente es su odio para con el duque.

-Odio injustificado, diría yo —lo cortó la reina—. Jamás caballero alguno tuvo más deferencia para con nuestra real persona, ni hubo hombre más apuesto en el mundo. Deduzco que se debe a unos amoríos mal encaminados por parte de la duquesa. Esa ramera...

Pierre no pudo evitar sonreír involuntariamente. Los mentideros de la corte no dejaban de narrar el supuesto romance acaecido entre la reina de Francia y el valido de Carlos I de Inglaterra. Lo cierto es que exageraban, mas él sabía de primera mano que aquel *affaire* habíase producido, aunque no del modo en que todos imaginaban. La verdad era que ambos habían mantenido más de un encuentro en las cámaras privadas de la reina, valiéndose de la compleja red de pasadizos del Louvre. Él mismo había escoltado a Buckingham por aquellas galerías, él mismo había montado guardia a las puertas de los aposentos reales mientras parlamentaban y había custodiado al duque en su camino de vuelta a Calais, donde siempre tomaba un esquife que lo transportaba hasta un barco situado en alta mar para, de incógnito, alcanzar costas inglesas. Sí, Pierre lo sabía muy bien. Y también sabía que la noticia que traía consigo no le causaría ningún bien a su señora.

Sin esperar a que la Habsburgo diera su permiso, el militar tomó asiento en un sillón próximo al de la dama, quien no pudo evitar su contrariedad ante tamaña muestra de descortesía por parte de su vasallo al sentarse sin su venia.

-Majestad, no está en mi ánimo contrariaros, pero, junto a lo que me llevó a Inglaterra, traigo malas nuevas que temo no os causen placer.

-Nada que venga de costas inglesas puede alegrarme, mi buen Pierre, además de lo que ya sabéis...

-Precisamente de eso quería hablaros.

Pierre se arrodilló ante la reina y, dejando a un lado su sombrero, tomó las manos de la mujer entre las suyas. Acto seguido, comenzó a cubrirlas de suaves besos, en tanto que su mirada seguía fija en el rostro níveo de la señora. Un rubor tiñó de rojo las mejillas de la mujer, cuyos labios se entreabrieron para dejar exhalar un suave suspiro.

Una imperceptible risa aleteó bajo el bien recortado bigote del hombre al saberse cerca de su objetivo.

-Majestad, la guerra ha terminado. Hemos ganado.

La reina Ana no pudo evitar dar unas palmadas. Una sonrisa iluminó su níveo rostro. Su ánimo no albergaba duda de la victoria de los católicos. Además, los tercios españoles peleaban codo con codo con las tropas francesas para aplastar a los insurgentes hugonotes. Y era conocida por el mundo entero la fiereza de los españoles, forjados a fuego en las guerras de Flandes.

Olvidando cualquier decoro, la reina besó al militar con efusividad en los labios, y lo sorprendió por lo inesperado.

-Lo logramos, Pierre. Paz, por fin. Sabía que mi hermano no me defraudaría. Sabía que ganaríamos.

-Lo sabíais, sí.

-La intervención de mi hermano fue providencial en la batalla. Y eso que mi esposo no quería contarle sus planes. A Dios gracias, yo no fui tan precavida y le remití por carta a Felipe las intenciones de Luis —confesó.

-Eso podría considerarse traición, majestad. Si alguien lo supiera...

-Pero nadie lo sabrá —continuó la Habsburgo, escanciando el contenido de una jarra de agua

en una copa que yacía en una mesa auxiliar—. Además, Dios sabe que no he actuado contra Francia. Más bien, he actuado en pro de la paz y la fe católica. —Bebió.

-Si vos lo decís, no seré yo quien contraríe vuestro pensar.

-No os entiendo, Pierre. ¿Son estas las malas nuevas que traéis? Cualquiera en su sano juicio pensaría que son inmejorables.

Pierre guardó un escueto silencio. Necesitaba encontrar las palabras adecuadas, la entonación justa. Tal vez no era ese el mejor momento para hablar, tal vez no lo sería nunca, pero no era hombre de medias tintas. Si había algo que decir, lo diría sin importar el golpe que pudiera producir en la reina.

Tomó aire y, cual si disparase, lo soltó:

-Majestad, el duque de Buckingham ha muerto.

El rostro de la reina mudó de súbito. La color que antaño luciera fue sustituida por una mortal palidez, en tanto que sus ojos celestes se veían nublados tras una cortina de lágrimas que no tardaron en aflorar y empaparon sus rubias pestañas.

Haciendo crujir sus vestiduras, la mujer se levantó bruscamente y retorció las manos de su hombre de confianza entre las suyas. Un leve temblor azotaba sus miembros, hasta el punto de que los pendientes que colgaban de sus orejas se mecían de forma indiscriminada. Un silencio sepulcral parecía haberse adueñado de las estancias. Incluso las doncellas habían enmudecido ante aquel anuncio.

-¿Cómo...? —La voz le temblaba al igual que el resto del cuerpo—. ¿Cómo ha...?

-Asesinado —contestó Pierre. Sus labios, sobre los dedos blancos de la reina.

Presa de la tristeza y de un súbito vértigo, las piernas de la soberana temblaron, negándose a sostenerla por más tiempo. A Dios gracias, el cuerpo de Pierre sirvió para ella de improvisado colchón, en tanto que sus fuertes y musculosos brazos sostenían el talle de la dama. El hombre aspiró aquellos cabellos rubios, de los que emanaba un sutil aroma a almizcle. Observó ese cuello que, pese a no ser largo, no exhibía imperfección alguna.

Un gemido.

La reina lloraba. Lloraba de rabia, lloraba de impotencia, lloraba por sentir que había perdido algo que le era muy querido. Algo que jamás conseguiría volver a tener. El tiempo, la distancia... Todo había contribuido a que su relación con aquel que Europa consideró como el demonio inglés se estrechara por medio de epístolas y encuentros furtivos. Sus ojos miraron en derredor. Esos muebles, esas cortinas habían sido testigos mudos de sus charlas con el duque de Buckingham. Su propio lecho había recibido, en una ocasión, una visita que había hecho que aquel cuerpo que pensaba muerto a las caricias se llenase de vida y se estremeciera bajo la calidez de una piel que creía tan fría como el temperamento inglés.

La luz del ocaso comenzaba a teñir la ciudad de París con sus tonalidades añiles y anaranjadas. Los rayos del sol apenas eran un recuerdo que parecía haberse perdido tras el horizonte. Como si el cielo quisiera congraciarse con el ánimo sombrío de la reina de Francia, la noche se presentaba oscura, sin estrellas; sin ningún brillo que denotase vida o alegría. Porque su alegría parecía haber finado junto con el duque.

Una mano le acarició la espalda.

Alzó la vista. Ante ella, los ojos oscuros de Pierre, que no dejaba de mirarla con una mezcla de ternura y tristeza, sabor de la aflicción que oprimía el pecho de su señora.

La reina se aferró a él con fuerza, notando los latidos acompasados del corazón del hombre, que no osó despegar los labios, salvo para decir:

-Llorad, Ana, llorad.

-Las reinas no lloran, Pierre —musitó ella, entre sollozos.

-En este momento no veo a la reina. Veo a la mujer.

Y lejos de tranquilizarla, esas palabras hicieron que todo el dolor, toda la rabia, todos aquellos sentimientos contradictorios que anidaban en el pecho de la Habsburgo salieran en forma de lágrimas de sus ojos de cielo. Su pecho se movía de arriba abajo, orlado de puntillas de encaje y tiras de tul. Poco le importaba que un subordinado la viera llorar, poco le importaba que, en las estancias colindantes, sus damas oyeran cómo la reina de Francia se rompía ante la noticia.

-Llorad, Ana, llorad —repitió Pierre.

Y Ana lloró. Lloró como nunca antes había llorado. Lloró derramando su alma por los ojos claros, lloró su alegría, lloró su tristeza...

Y Pierre seguía estrechándola con una solicitud que iba más allá de la simple servidumbre. Con una calidez que sobrepasaba la veneración, estrechaba cuerpo con cuerpo y enterraba su barbado mentón en el cuello desnudo de la reina.

Sin que pudiera detenerla, la esposa de Luis XIII oprimió su boca una y otra vez contra la de su súbdito, cuyas manos se aferraron a su cintura. Con inusitada destreza, los dedos enguantados del militar deshicieron hábilmente los lazos que cerraban el vestido de la reina, haciendo caer una a una cada prenda que separaba aquella figura tan blanca como la nieve de la vista de los pobres mortales. Ana de Austria lo dejaba hacer mientras trataba de bajar, con torpeza, sus pantalones de cuero. Con ella por completo desnuda y él en mangas de camisa, cayeron sobre la alfombra que cubría buena parte de la sala y se entregaron a un alocado frenesí que pronto los catapultó a la catarsis. Poco les importaba que, a pocos metros, las damas de compañía de la reina y mancebas de la servidumbre escucharan los gemidos de placer que emergían de sus gargantas, ni tampoco el sonido que emitían sus cuerpos al entrenchocarse.

Breve pero intenso. Tal vez unos minutos. Los suficientes.

Al finalizar, quedaron tumbados boca arriba, con los ojos fijos en la gran lámpara de araña. Las velas, encendidas en su totalidad, parecían bailar sobre las colgaduras de cristal, que desprendían reflejos irisados. Ninguno se atrevía a romper aquel silencio que solo la pasión había interrumpido. Ninguno se atrevía a pronunciar las palabras fatídicas que los devolverían a la realidad.

La voz de su dama de confianza, que le recordaba la cercanía de la cena, hizo que la soberana de Francia se incorporase presta. Bajo el dintel del dormitorio, la ya madura mujer portaba entre sus manos una bata de batista para que la reina cubriera su desnudez y, seguidamente, pudiera despedir al hombre con un mínimo de recato. Al mismo tiempo, Pierre se apresuraba a recomponer su aspecto, mas se abstuvo de volver a vestir la gruesa casaca de cuero, dadas las altas temperaturas de aquel tórrido mes de agosto.

Una vez listo, se cuadró ante la reina, que permanecía en pie, con ambas manos unidas sobre el regazo.

-Con vuestro permiso, me retiro, majestad.

-Pierre, lo que ha pasado... Esto no es lo que pensáis. Yo... Solo necesitaba a alguien que me quisiera, y vos...

-Tranquilizaos, majestad. No soy el primero ni el último que pasa por estas estancias para curar vuestro mal y sé dónde está mi lugar.

-¿Mi mal? —Extrañose la Habsburgo, arrebujándose en la bata—. No os entiendo, Pierre. ¿Qué mal habría de atenazar a una reina para caer en brazos de quien vela por su seguridad?

-Ese mal, mi reina, se llama «soledad». Y ningún caballero en su sano juicio dejaría a una mujer hermosa al amparo de tamaña amenaza.

Pierre volvió a cuadrarse y, haciendo una rápida reverencia, salió de los aposentos reales, para dejar a la reina Ana con el asombro pintado en su rostro.

Al verse nuevamente en el corredor, el mosquetero apoyó su espalda contra la superficie de la puerta. Sus finos labios dibujaban una sonrisa. Sí, la soledad era lo que más temía la reina de Francia, y era esa soledad la que la había llevado a los brazos de Buckingham. El duque se había aprovechado de su fragilidad, de sus ansias por ser amada, de aquella predisposición al halago del que adolecían todas las damas de la nobleza. Hubo otros antes de Buckingham, tan solo dos más, y también tocaron el corazón de la reina como jamás nadie lo hizo. A esos otros, ella les destrozó el corazón y terminaron alejándose.

Miró por la ventana.

Sabía a lo que se exponía con aquella loca aventura. Sabía lo que podía traer consigo el acostarse con la reina. Dolor y gloria se daban la mano. Podía suponer la mayor caída en desgracia para un mosquetero, si eran descubiertos. Pero, si jugaba bien sus cartas, no tendría que preocuparse jamás por el futuro. Al fin y al cabo, no era la primera mujer con la que compartía algo más que besos.

Sonrió. Cuidar a la reina, velar por su seguridad no dejaba de ser su trabajo, y el hecho de cobrarse tales desvelos por medio de caricias era solo una parte más de aquel cometido que había asumido hacía pocos años. Una recompensa de la que ambos se beneficiaban de forma tácita, a sabiendas de que ella no era libre de amar y él no era libre para amarla. Sexo, a fin de cuentas.

Se acercó a la ventana y observó la ciudad de París. Como un espejismo, sus retinas evocaron la rue de Varenne, allá donde tabernas de mala muerte y rameras de baja estofa pululaban; los lugares más frecuentados por militares y hombres de todo tipo para satisfacer sus más bajos instintos por unas monedas. A él no le hacía falta pagar para beneficiarse de ninguna moza. Nunca había tenido que apoquinar por gozar de unas carnes más o menos prietas. Siempre le había bastado con un guiño, con una buena palabrería, con alabar la vanidad de las jóvenes a las que codiciaba. El peligro era enamorarse. Y él jamás se había enamorado. O sí. Pero con aquella mujer de nada le sirvieron las lisonjas porque, mal que le pesara, ella no era como las demás.

Volvió la vista. Escuchaba las voces de la reina y sus damas de compañía. La de más edad le afeaba el encuentro mantenido con el mosquetero hacía pocos instantes, recordándole su tristeza por Buckingham y los votos con su esposo. Ella respondía altanera. La otra, con igual desdén.

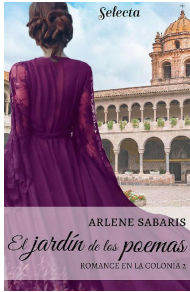
Pierre volvió a sonreír.

A lo lejos, las campanas de Notre-Dame tañeron marcando las seis de la tarde. En poco tiempo, los reyes bajarían al comedor a cenar.

Se fijó en sus ropas sucias de polvo, en sus botas manchadas de barro.

Un buen baño y una comida no le sentarían mal a él tampoco.

Una doncella tímida y un marqués que respira poesía se arriesgarán a todo por amor.



Lucía y Leonor, son hermanas mellizas, pero lo único que tienen en común es haber compartido el vientre de su madre. Lucía es tímida y disfruta la soledad, mientras Leonor adora los bailes y los vestidos. Con una hermana mayor de belleza exuberante y temperamento impaciente, las más pequeñas, cada una desde su personalidad, luchan por atención en una sociedad donde las mujeres tienen pocas opciones para crear su propia felicidad.

El Vizconde de Salinas y sus frecuentes viajes a La Habana, Cuba, terminarán por dar a sus hijas más libertades de las que él hubiera querido y pronto sus reglas e instrucciones se verán ignoradas por Lucía y Leonor que rehúsan a la vida que, en especial su madre, ha ideado para ellas.

El Marqués de Ferrand, soñador como pocos, no se acostumbra a un mundo de arreglos amorosos y dedica sus más profundos pensamientos al papel, intentando cumplir con los compromisos que su título le exige, mientras esconde de todo el mundo su amor por la poesía. Si bien había sido arreglado ya su casamiento con la mayor de las hermanas, sus más recónditos sentimientos quedan a flor de piel cada vez que ve a Lucía, pero es incapaz de confesar su amor de frente y terminará por hacerlo desde el anonimato.

¿El amor entre hermanas puede sobrepasar cualquier frontera? ¿Podrán las palabras dibujadas en el papel ser suficientes para que nazca el amor?

Arlene Sabaris es graduada en Administración de Empresas con una Maestría en Finanzas, sin embargo, su gran pasión es escribir, por lo que realizó estudios técnicos de Periodismo en el Instituto Dominicano de Periodistas. Tiene además una diplomatura en Derechos Humanos y ejerce su profesión en un organismo de cooperación internacional.

Ha publicado artículos de interés en revistas varias y ha sido ganadora del concurso de blogs del Banco Interamericano de Desarrollo sobre educación y género, con su artículo *De Princesas y Superhéroes*, donde resaltó la importancia de la igualdad en la crianza de los niños.

Desde niña, escritora de poemas, canciones, cuentos y novelas, ha recibido reconocimientos en diversos certámenes, siendo el más reciente la selección de su historia *La heroína de fuego* por la Casa de Francia, para su libro de relatos *Mujeres inspiradoras* en marzo de 2018.

Desde hace tres años ha publicado diversas historias en plataformas digitales obteniendo un gran éxito del público.

Edición en formato digital: noviembre de 2020
Travessera de Gràcia, Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del . El estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 8

[1] Leyenda local dominicana sobre el amor imposible entre Luis Colón y María de Orozco.

Índice

El jardín de los poemas

Nota editorial

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Arlene Sabaris

Créditos

Notas